JOHN STOTT

POR QUÉ SOY CRISTIANO



JOHN STOTT

POR QUÉ SOY CRISTIANO

ANDAMIO

A la memoria del Canónigo Miles Thomson
Rector de la Iglesia de San Nicolás,
Sevenoaks, Kent, 1987-2000,
y un buen soldado de Jesucristo

Publicaciones Andamio
Alts Forns nº 68, Sót. 1º
08038 Barcelona
editorial@publicacionesandamio.com
www.publicacionesandamio.com
Publicaciones Andamio es la sección editorial de los Grupos Bíblicos Universitarios de España (G.B.U.)

Por qué soy cristiano
© 2007 John R. W. Stott
Why I am a Christian
© 2003 John R. W. Stott
Inter-varsity Press UK

All rights reserved. No part of this book may be reproduced in any form without written permission from editor. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización por escrito del editor.

Traducción: Dámaris Stunt
Diseño cubierta e interior: Samuel López, www.coated.org
Fotografía de cubierta: StockPhoto
Edición del formato ebook: Sonia Martínez

Depósito Legal:
ISBN: 978-84-96551-45-9
Printed by Publidisa
Printed in Spain
© Publicaciones Andamio 2007
1ª Edición Marzo 2007

ÍNDICE

ÍNDICE
Prefacio
01. El sabueso del cielo
Francis Thompson
Saulo de Tarso
Agustín
Malcolm Muggeridge
C. S. Lewis
02. Las reivindicaciones de Jesús
Cumplimiento
Intimidad
Autoridad
03. La cruz de Cristo
Cristo murió para expiar nuestros pecados
Cristo murió para revelar el carácter de Dios
Cristo murió para conquistar a los poderes del mal
04. La paradoja de nuestra humanidad
La gloria
La vergüenza
La paradoja
05. La llave a la libertad
Libertad «de»
Libertad «para»
06. El cumplimiento de nuestras aspiraciones
La búsqueda de trascendencia
La búsqueda de significado
La búsqueda de comunidad
07. La mayor de todas las invitaciones
Dos afirmaciones
Dos invitaciones
Conclusión: S. R. C.
Una oración

Prefacio

Fue el 6 de marzo de 1927 cuando Bertrand Russell dio un discurso en Battersea Town Hall, al sur de Londres, titulado Por qué no soy Cristiano. En su momento causó cierta sensación, en parte debido a la reconocida elocuencia del conferenciante y, en parte, debido a su absoluta franqueza. Treinta años después, su discurso se publicó en una colección de sus ensayos. Ocupaba el Capítulo 1 y daba su título a todo el libro.[1]

En su Prefacio, Bertrand Russell escribió:

Creo que todas las grandes religiones del mundo… son falsas y dañinas (p. xi).

Aunque tenía ciertas dificultades a la hora de definir la clase de «cristiano» que afirmaba no ser, sí fue capaz de echar por tierra –para su entera satisfacción– los argumentos tradicionales a favor de la existencia de Dios.

Al escribir este breve libro titulado Por qué SOY cristiano, no pretendo rebatir punto por punto los argumentos del Conde Russell, porque reconozco su brillantez como filósofo y matemático, ganador de un Premio Nobel de Literatura y heraldo de la lógica y la libertad. Pero también reconozco que deben presentarse ciertos argumentos a favor del Cristianismo que Bertrand Russell no presentó y que, quizá, ni siquiera consideró.

Estoy muy agradecido a Richard Bewes, Rector de All Souls Church, Langham Place, Londres, por invitarme en 1986 a predicar cuatro sermones sobre este tema. Entre aquellos que escucharon las grabaciones con posterioridad, se encontraba mi amigo el difunto Miles Thomson, Rector de St. Nicholas' Church, Sevenoaks. Él me insistió una y otra vez que pusiera por escrito esos cuatro sermones en un libro y que le añadiera uno o dos capítulos. «Un libro así –escribió– proveería de una introducción más completa que cualquiera de los breves folletos actuales. Al mismo tiempo, no sería demasiado pesada o grande para alguien que busca con sinceridad y que quiere pensar en las implicaciones de hacerse cristiano».

Así que, habiendo cedido a la importunidad de Miles Thomson, dedico esta modesta obra a su memoria. Milès en Latín significa «soldado», y eso es lo que era Miles, un buen soldado de Jesucristo.

Agradezco a mis amigos Paul Weston y Roger Simpson haber leído el borrador de este libro. Hicieron una serie de sugerencias que he adoptado en su mayoría. Gracias también a Stephanie Helad, Senior Commissioning Editor de IVP, por su atención al detalle. Además, estoy tremendamente agradecido a Frances Whitehead, mi secretaria durante cuarenta y siete años, por producir una vez más un texto sin errores.

Confieso que me he tomado la libertad de tomar prestado para este texto algo de lo que he escrito en otros contextos, especialmente en The Contemporary Christian (1992)[2]. Pero me han asegurado, tanto amigos como editores, que esta superposición parcial no importa, ya que mi historia y las afirmaciones personales de este libro se sostienen por sí solas.

John Stott

Notas:

1 Bertrand Russell, ed. Paul Edwards, Why I Am Not a Christian (traducido al Español como Por Qué No Soy Cristiano) (George Allen & Unwin, 1957).

2 John Stott, The Contemporary Christian (IVP, 1992).

01. EL SABUESO DEL CIELO

Porque el Hijo del Hombre vino a buscar
y a salvar lo que se había perdido.
Lucas 19:10

La posibilidad de viajar con rapidez y los medios de comunicación electrónicos nos han hecho a todos conscientes, más que nunca antes, de la multiplicidad de religiones en el mundo. Así que ¿cómo narices vamos a decidir entre ellas? Hay un Babel de voces compitiendo por ganar nuestra atención. ¿A cuál vamos a escuchar? Tenemos ante nosotros un verdadero smorgasbord * religioso. Entonces, ¿qué plato vamos a elegir? Además, en cualquier caso, ¿no llevan todas las religiones a Dios?

*N. del T.: Mesa fría de la cocina sueca con variados platos compuestos fundamentalmente de pescados ahumados, vegetales y caviar./ Mezcla heterogénea.

Es a la luz de este trasfondo pluralista que quiero contestar a la pregunta «¿Por qué soy cristiano?». Quizá algunos lectores esperan que conteste algo como: «Soy cristiano porque resulta que nací en un país mayoritariamente cristiano. Mis padres eran cristianos nominales, asistí a un colegio de fundamentos cristianos y recibí una educación básicamente cristiana». En otras palabras, han sido las circunstancias de mi nacimiento, familia y crianza las que han determinado el hecho de que yo sea cristiano. Y, por supuesto, eso es perfectamente cierto, pero es sólo una parte de la verdad porque yo podía haber repudiado esa herencia cristiana. Mucha gente lo hace. Y existen otros muchos que llegan a ser cristianos y que no han tenido una educación cristiana. Así que esa no es la respuesta completa.

Otros quizá esperan que conteste algo como esto: «El 13 de febrero de 1938, cuando eran un joven de unos diecisiete años, tomé una decisión por Cristo. Escuché a un pastor predicar sobre la pregunta de Pilato "¿Qué haré con Jesús, llamado el Cristo?". Hasta ese momento no sabía que debía hacer nada con Jesús, a quien se llama el Cristo. Pero, en contestación a mis preguntas, el predicador

fue explicando los pasos hacia Cristo. En particular, me dirigió hacia Apocalipsis 3:20, en el Nuevo Testamento, donde Jesús dice: “Mira que estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré, y cenaré con él, y él conmigo”. Así que aquella noche, junto a mi cama, le abrí la puerta de mi persona a Cristo, invitándole a entrar como mi Salvador y Señor».

Eso también es cierto, pero constituye sólo una parte más de la verdad.

El factor más importante se encuentra en algún otro lugar, y es en eso en lo que pretendo concentrarme en este primer Capítulo. Por qué soy cristiano no se debe en última instancia a la influencia de mis padres y de mis maestros, ni tampoco a mi decisión personal por Cristo, sino al «Sabueso del Cielo». Es decir, se debe a Cristo Jesús mismo, que me persiguió sin descanso incluso cuando yo estaba huyendo de Él para ir por mi propio camino. Y de no haber sido por esa persecución, llena de gracia por parte del Sabueso del Cielo, hoy estaría en el basurero de vidas malgastadas y echadas a perder.

Francis Thompson

«The Hound of Heaven» («El Sabueso del Cielo»). Ésta es una extraña expresión inventada por Francis Thompson, cuya historia se cuenta, incluyendo su poema, en el libro de R. Moffat Gautrey This Tremendous Lover[1].

Francis Thompson vivió una niñez solitaria y sin amor, y fracasó sucesivamente en sus esfuerzos para convertirse en un cura católico romano, un médico (como su padre) y un soldado. Terminó perdido en Londres hasta que una pareja cristiana reconoció su genio poético y le rescató. Durante esos años era consciente de estar persiguiendo y ser a su vez perseguido, cosa que expresó de manera más que elocuente en su poema «The Hound of Heaven»[2] (El Sabueso del Cielo). Aquí está su comienzo:

Huí de Él, a través de noches y días;
Huí de Él a través de los arcos de los años;
Huí de Él a través de las sendas tortuosas
De mi propia mente; y en medio de las lágrimas
Me oculté de Él tras la aparente risa sin fin.

Hacia anhelos avistados me lancé
Y deshecho, precipitado fui
Hasta la oscuridad más titánica de miedos abismales
Por estos fuertes pasos que seguían, que me seguían.
Pero en persecución sosegada,
Y con ritmo imperturbable
Velocidad deliberada, majestuosa inminencia,
Resonaban, y una Voz también resonaba
Más inmediata que los Pies
«Todas las cosas traicionan a aquél que me traiciona a Mí».

Al principio, R. M. Gautrey se sintió ofendido por el título del poema «El Sabueso del Cielo». ¿Es apropiado, se preguntaba, comparar a Dios con un perro de caza? Pero se dio cuenta de que existen buenos perros de caza y malos perros de caza, y que los collies son especialmente admirables, pues van a través de las Tierras Altas escocesas en busca de ovejas perdidas. También vio que el tema de los perros pastores que buscan (o, para ser más exactos, de pastores que buscan) aparece tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Así, el último versículo del Salmo 23 reza:

La bondad y el amor me seguirán
Todos los días de mi vida;
Y en la casa del Señor
Habitaré para siempre.

Gautrey señala que la palabra hebrea traducida aquí como el verbo excesivamente suave «seguir» debería expresarse con más fuerza; por ejemplo, «El bien y la misericordia me han dado caza, me han rondado, me han seguido de cerca todos los días de mi vida»[3]. «Es una persecución, paciente pero resuelta, afectuosa pero incesante»[4].

Después, Jesús mismo retomó la metáfora del pastor:

> Él entonces les contó esta parábola: «Supongamos que uno de vosotros tiene cien ovejas y pierde una de ellas. ¿No deja las noventa y nueve en el campo, y va en busca de la oveja perdida hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, lleno de alegría la carga en los hombros y vuelve a la casa. Al llegar reúne a sus amigos y vecinos, y les dice: “Alegraos conmigo; porque encontré la oveja

que se me había perdido". Os digo que así es también en el cielo: habrá más alegría por un solo pecador que se arrepienta, que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse"» (Lc. 15:3-7).

Gautrey ve el poema dividido en cinco estrofas. A la primera la titula «La Huida del Alma», porque el poeta se ve a sí mismo como un fugitivo que huye de las demandas del discipulado. La segunda es «La Búsqueda del Alma», en la cual el alma busca satisfacción en cualquier otro lugar, pero no consigue encontrarla. La tercera estrofa la titula «El Punto Muerto del Alma», ya que ha descubierto que su vida sin Dios no tiene sentido. En cuarto lugar viene «El Arresto del Alma», porque él, por fin, se rinde al amor de Cristo cuando le habla así:

¡Ay, tú no sabes
cuán poco digno eres de cualquier amor!
¿A quién encontrarás que te ame, innoble como eres,
excepto a mí, sólo a mí?[5].

En cada estrofa escuchamos los pasos de «este extraordinario amante», hasta que por fin la persecución concluye:

Todo lo que de ti tomé lo hice
no para tu mal
sino para que a mis brazos lo vinieras a buscar…
¡Levántate, toma mi mano, y ven![6].

Francis Thompson estaba expresando algo que es verdad en todo cristiano; y, por supuesto, también ha sido cierto en mi vida. Si amamos a Cristo, es porque Él nos amó a nosotros primero (1 Jn. 4:19). Si somos cristianos, no es porque nos hayamos decidido por Cristo, sino porque Cristo se decidió por nosotros. Es gracias a la persecución de «este extraordinario amante».

Como prueba de que la iniciativa es suya, te invito a observar de nuevo la conversión de Saulo de Tarso y, después, a considerar tres biografías cristianas. Más adelante volveré brevemente a nosotros: a mí, que te estoy escribiendo, y a ti, que estás leyendo.

Saulo de Tarso

Empecemos con Saulo de Tarso. Su conversión ha sido la más celebrada en toda la historia de la iglesia cristiana. Sin embargo, algunas personas se sienten algo incómodas con ella. «Yo no he tenido ninguna experiencia sorprendente camino a Damasco» –dicen. Pero, parémonos a considerarlo. La conversión de Saulo no fue repentina. ¿Eso te sorprende? Por supuesto, es cierto que apareció repentinamente una luz del cielo, y también que él cayó de pronto a tierra y Jesús le habló. Pero esta intervención repentina de Jesús no fue en absoluto la primera vez que Jesús le habló. Por el contrario, en realidad fue el clímax de un largo proceso. Y ¿cómo lo sabemos? Déjame que te lleve a Hechos 26:14: «Todos caímos al suelo, y yo oí una voz que me decía en arameo: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? ¿Qué sacas con darte cabezazos contra la pared?"».

La palabra griega kentron se podría traducir por «espuela», «látigo», «aguijón». Con bastante frecuencia, en el griego clásico, desde Esquilo en adelante, el término se utilizaba en sentido metafórico. De forma similar, en el libro de Proverbios leemos:

El látigo es para los caballos, el freno para los asnos,
Y el garrote para la espalda del necio» (26:3).

Al hablar con Saulo, Jesús se estaba comparando a un granjero aguijoneando a un buey contumaz, o a un entrenador de caballos domando a un joven potro más bien bullicioso. La implicación está clara. Jesús estaba persiguiendo y aguijoneando a Saulo. Pero Saulo estaba resistiendo la presión y era duro, doloroso, incluso fútil para él estar dando coces contra el aguijón.

Y así surge de forma natural la pregunta: ¿cuáles eran los aguijones con los que Jesucristo estaba aguijoneando a Saulo de Tarso? Aunque no se nos dice específicamente, podemos reunir las evidencias a partir del libro de los Hechos y de algunos flashes autobiográficos en cartas posteriores de Pablo.

1. Jesús estaba aguijoneando a Saulo en su mente. Saulo se había educado en Jerusalén bajo los auspicios de Gamaliel, probablemente el maestro judío más célebre durante el siglo I a. C. Así que, teológicamente hablando, Saulo estaba bien versado en el judaísmo y, moralmente, era celoso de la ley. Teniendo una mente tan concienzuda en aquellos días, Saulo estaba convencido de que Jesús de Nazaret no era el Mesías. Para él era inconcebible que el Mesías judío pudiera ser rechazado por su propio pueblo y después morir, aparentemente bajo la

maldición de Dios, ya que estaba escrito en la ley que «cualquiera que es colgado de un árbol está bajo la maldición de Dios» (Dt. 21:23). No, no, Jesús tenía que ser un impostor. De modo que Saulo consideraba su responsabilidad oponerse a Jesús de Nazaret y perseguir a sus seguidores. Esa era la convicción de su mente consciente. Sin embargo, subconscientemente, su mente estaba llena de dudas a causa de los rumores que estaban circulando acerca de Jesús: la belleza y la autoridad de sus enseñanzas; la mansedumbre y amabilidad de su carácter; su compasión al servir a los pobres; sus grandes obras de sanidad y, especialmente, el rumor persistente que decía que su muerte no había sido su final, porque la gente afirmaba que le había visto, le había tocado y había hablado con Él después de su muerte. Su mente se hallaba en medio de un torbellino.

2. Jesús estaba aguijoneando a Saulo en su memoria. Evidentemente, él había estado presente en el juicio ante el sanedrín de un líder cristiano llamado Esteban, a quien Lucas describió como un «hombre lleno de fe y del Espíritu Santo» (Hch. 6:5). Por tanto, esto no era un rumor o una herejía, porque Pablo había visto con sus propios ojos la cara de Esteban que brillaba como el rostro de un ángel (Hch. 6:15). Había oído con sus propios oídos su defensa, al final de la que Esteban había afirmado ver la gloria de Dios y «al Hijo del Hombre de pie a la derecha de Dios» (Hch. 7:55-56). Después, cuando llevaron a Esteban fuera de la ciudad y le apedrearon hasta la muerte, dejaron sus ropas a los pies de Saulo. Lucas continúa con su descripción: «Mientras lo apedreaban, Esteban oraba, "Señor Jesús —decía—, recibe mi espíritu". Luego cayó de rodillas y gritó: "¡Señor, no les tomes en cuenta este pecado!" Cuando hubo dicho esto, murió» (Hch. 7:59-60).

Pablo debe haberse dicho a sí mismo: «Hay algo inexplicable acerca de estos cristianos. Están convencidos de que Jesús de Nazaret es el Mesías y tienen valor para mantener sus convicciones; están dispuestos a morir por ellas. Además, se niegan a responder contra sus enemigos y, en lugar de eso, oran por ellos». Jesús estaba aguijoneando la mente de Saulo.

3. Jesús estaba aguijoneando a Saulo en su conciencia. Saulo, como todos los fariseos, era un hombre extremadamente justo. Vivía una vida impoluta y tenía una reputación inmaculada. Tal como escribió en una de sus últimas cartas, en lo concerniente a la justicia de la ley, él era perfecto (Fil. 3:6). Y, sin embargo, esa perfección en cuanto a la justicia que afirmaba poseer no era sino una conformidad puramente externa para con las exigencias de la ley. Exteriormente

había obedecido todos los preceptos y prohibiciones de la ley. Sin embargo, interiormente, en su conciencia, él sabía que era pecador. Podría haber dicho lo que C. S. Lewis había de escribir años más tarde:

> Por primera vez me examinaba a mí mismo seriamente con un propósito práctico. Y al hacerlo encontré algo que me horrorizó; un zoológico de lujurias, un manicomio de ambiciones, una guardería de temores, un harén de acariciados odios. Mi nombre era Legión[7].

En el caso de Saulo, era el último de los Diez Mandamientos el que le hacía culpable. Podía arreglárselas razonablemente bien con los nueve primeros porque sólo tenían que ver con palabras y hechos. Pero el décimo prohibía la codicia. Y la codicia no es ni un hecho ni una palabra, sino un deseo, uno insaciable. De modo que cuando se encontró con ese mandamiento, escribió en el lenguaje tan gráfico que leemos en Romanos 7, que aquello le mató.

> Si no fuera por la ley, no me habría dado cuenta de lo que es el pecado. Por ejemplo, nunca habría sabido yo lo que es codiciar si la ley no me hubiera dicho: «No codicies.» Pero el pecado… despertó en mí toda clase de codicia… En otro tiempo yo tenía vida aparte de la ley; pero cuando vino el mandamiento, cobró vida el pecado y yo morí. (Ro. 7:7-9)

4. Jesús estaba aguijoneando a Saulo en su espíritu. Utilizo esta palabra para referirme a la parte de nuestra composición humana que es consciente de la realidad trascendente de Dios. Por supuesto, como judío, Saulo había creído en Dios desde su niñez. Había buscado servir a Dios desde su juventud con limpia conciencia y, sin embargo, era consciente de que se hallaba separado de ese mismo Dios en quien creía. Creía en Él, pero no le conocía. Estaba separado de Él. Decía eso en el pasaje que acabo de citar: «Cuando vino el mandamiento… yo morí». O, para usar una expresión posterior, estaba «muerto en delitos y pecados» (Ef. 2:1), distanciado de Dios, el dador de la vida.

Estos son, desde mi punto de vista, los aguijones con los que el Señor Jesucristo estaba espoleando a Saulo de Tarso, y contra los cuales Saulo estaba dando coces, para su propio perjuicio. Le aguijoneaba en su mente (llenándole de dudas sobre si Jesús era un impostor o era quien decía ser). Le pinchaba en su memoria (recordándole la cara, las palabras, la dignidad y la muerte de Esteban). Le azuzaba en su conciencia (acusándole de malos deseos). Y le aguijoneaba en su

espíritu, en ese basto y alienado vacío. Es de esta manera que, durante años, Jesús había estado aguijoneando y azuzando a Saulo, hiriéndole con el único fin de sanarle. Y fue el mismo fanatismo con que Saulo perseguía a Cristo al acosar a su iglesia el que terminó por delatar su incomodidad interna. Así que, cuando Cristo se le apareció en el camino a Damasco, eso no fue más que el clímax repentino de un proceso gradual. Saulo, por fin, se rindió ante Aquél contra quien luchaba y de quien había estado huyendo.

Agustín

Sigo adelante para continuar con algunas biografías cristianas, y voy a empezar con uno de los primeros grandes padres de la iglesia más temprana que fue Agustín de Hipona. Nació en el Norte de África (en lo que hoy se llama Argelia) a mitad del siglo IV. Ya en su adolescencia llevaba una vida disoluta, incluso promiscua, esclavizado por sus pasiones. Escribió en sus Confesiones:

> Nubes de turbia concupiscencia carnal llenaban el aire. Los burbujeantes impulsos de la pubertad entenebrecían y oscurecían mi corazón de modo que no podía ver la diferencia entre la serenidad del amor y la oscuridad de la lujuria. La confusión de estas dos cosas bullía dentro de mí. Y se hizo con el control de mi debilidad juvenil arrastrándome a través de los precipicios rocosos del deseo hasta sumergirme en un torbellino de vicio.[8]

Aun estando medio hundido en el pecado, Agustín también se adentró en el estudio, y sus estudios le llevaron primero a Cartago y, después, a Roma y Milán. Su mente estaba siendo escenario de un fuerte tira y afloja entre el Cristianismo (que por aquel entonces él rechazaba) y el Maniqueísmo (que había abrazado). En medio de este desorden de vergüenza moral y confusión intelectual, Agustín se sentía terriblemente miserable. Sin embargo, no hay duda de que era a través de esa inquietud mental y de conciencia, y gracias también a las oraciones y las lágrimas de su santa madre Mónica, y de las amables reprensiones del obispo Ambrosio de Milán, que Jesucristo le estaba persiguiendo.

Al igual que había sucedido con Saulo de Tarso, así también ocurrió con Agustín de Hipona, pues el clímax llegó de forma repentina. Salió al jardín adyacente a sus habitaciones, acompañado de su amigo Alipio, se echó debajo de un árbol y dejó que sus lágrimas corrieran libremente, mientras clamaba,

«¿Hasta cuándo, Señor?».

> Estaba yo diciendo esto y llorando con amarguísima contrición de mi corazón, cuando he aquí que de la casa inmediata oigo una voz como de un niño o niña, que cantaba y repetía muchas veces: «Toma y lee, toma y lee…». Así, reprimiendo el ímpetu de mis lágrimas me levanté de aquel sitio, no pudiendo interpretar de otro modo aquella voz, sino como una orden del cielo, en que de parte de Dios se me mandaba que abriese el libro de las Epístolas de San Pablo, y leyese el primer capítulo que casualmente se me presentase…Yo, pues, a toda prisa volví al lugar donde estaba sentado Alipio, porque allí había dejado el libro del Apóstol cuando me levanté de aquel sitio. Agarré el libro, lo abrí, y leí para mí aquel capítulo que primero se presentó a mis ojos, y eran estas palabras: «No en banquetes ni embriagueces, no en vicios y deshonestidades, no en contiendas y emulaciones, sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no empleéis vuestro cuidado en satisfacer los apetitos del cuerpo» (Romanos 13:13-14).[9]

No quise leer más adelante, ni tampoco era menester, porque luego que acabé de leer esta sentencia, como si se me hubiera infundido en el corazón un rayo de luz clarísima se disiparon enteramente todas las tinieblas de mis dudas.

Agustín atribuyó su experiencia a la gracia más absoluta, es decir, al favor gratuito e inmerecido de Dios. Afirmaba que Dios había avivado sus cinco sentidos espirituales, el oído, la vista, el olfato, el gusto y el tacto:

Tú llamaste y yo alcé la voz y se desató mi mudez. Estabas radiante y resplandeciente, hiciste huir mi ceguera. Eras fragante, y yo cogí aliento y ahora suspiro por ti. Te gusté, y ahora no siento sino hambre y sed de ti. Me tocaste, y ardo en deseos de alcanzar la paz que es tuya.[10]

Pero Pablo pertenecía al siglo I y Agustín al IV y V. Ya es hora de que sigamos y nos adentremos en nuestra era y veamos cómo el Sabueso del Cielo aún persigue a la gente hoy.

Malcolm Muggeridge

Malcolm Muggeridge fue una figura de renombre en la segunda mitad del siglo

XX –literato, personalidad televisiva y portavoz cristiano–. Él describió –en la primera parte de su autobiografía– cómo, poco después de graduarse en Cambridge, pasó algún tiempo en algún lugar remoto del sur de la India. Escribió:

> Tenía la sensación de que de algún modo, además de buscar, estaba siendo perseguido. Pisadas resonando detrás de mí; una sombra que me seguía, un Sabueso del Cielo, tan cerca que podía sentir su aliento en mi cuello…Yo también estaba huyendo. Persiguiendo y siendo perseguido; el perseguidor y el perseguido, la búsqueda y la huida, fundiéndose al fin en una única inmanencia o luminosidad.[11]

Muggeridge hizo de su experiencia algo aún más dramática al expresarla como un encuentro directo en segunda persona:

> Sí, ahí estabas, lo sé… No importa lo lejos y rápido que corriera, con todo, mirando hacia atrás sobre mi hombro aún podía verte en el horizonte, y entonces corría más rápido y lejos que nunca, pensando triunfalmente: ahora sí me he escapado. Pero no, ahí estabas tú, viniendo tras de mí… Uno tiembla cuando la bestia de presa divina se prepara para dar el salto final… No hay escape posible.[12]

C. S. Lewis

Pero nadie ha expresado esta sensación de persecución divina con tanta elocuencia como C. S. Lewis (1898-1963), a cuya honesta descripción ya me he referido. Lewis fue erudito de Oxford y Cambridge, crítico literario, escritor de ficción para niños y apologista cristiano.

Durante algún tiempo antes de su conversión, Lewis era consciente de que Dios le perseguía. En su bosquejo autobiográfico Surprised by Joy (Sorprendido por la Alegría)[13] utiliza una metáfora detrás de otra para ilustrarlo. Primero, Dios era «el gran Pescador», jugando con su pez, «y yo jamás soñé que su anzuelo estuviera en mi lengua»[14]. Después comparaba a Dios con un gato persiguiendo a un ratón:

> Agnósticos afables hablarán acerca de la alegre “búsqueda que el hombre

hace de Dios". Para mí… bien podrían haber hablado igualmente de la búsqueda que el ratón hace para dar con el gato»[15].

En tercer lugar, asemejaba a Dios a una jauría de perros:

El zorro había sido desalojado del Bosque Hegeliano y corría en campo abierto… enmarañado y cansado, con los perros a un campo escaso por detrás. Y prácticamente todos estaban ahora (de un modo u otro) en la jauría…»[16].

Por último, Dios era el Jugador de Ajedrez Divino, maniobrando gradualmente hasta conducirle a una posición imposible:

Por todo el tablero mis piezas se hallaban en las posiciones más desventajosas. Muy pronto ya no podía ni siquiera albergar la ilusión de que yo era quien llevaba la iniciativa. Mi Adversario comenzó a hacer sus movimientos finales[17].

De modo que Lewis tituló su penúltimo capítulo «Jaque mate».[18]

Lewis describió el momento preciso en que se rindió a Cristo en Oxford con palabras memorables:

Tienes que imaginarme solo en mi habitación en Magdalen, noche tras noche sintiendo, cada vez que mi mente se apartaba por un segundo de mi trabajo, la aproximación constante e implacable de Aquél a quien tan sinceramente esperaba no encontrar. Me había topado con aquello que tanto temía. En aquel trimestre de 1929, en Trinity, me rendí, y admití que Dios era Dios, y me arrodillé y oré: siendo quizá, en aquella noche, el más abatido y reticente convertido de toda Inglaterra. No veía entonces lo que ahora me parece tan brillante y obvio: la humildad Divina que acepta a un convertido aun en esos términos. El Hijo Pródigo por lo menos volvió a su casa por su propio pie. Pero ¿quién puede adorar como se merece ese Amor que abre sus puertas de par en par a un pródigo que es traído de vuelta pataleando, luchando, resentido y buscando con la mirada en todas direcciones para encontrar una oportunidad de escape?... La dureza de Dios es más amable que la ternura de los hombres, y su insistencia es nuestra liberación.[19]

Sin embargo, no debemos suponer que el Sabueso del Cielo sólo persigue a personas VIP como Saulo de Tarso, Agustín de Hipona, Malcolm Muggeridge y C. S. Lewis. Multitudes de personas normales han testificado a lo largo de los siglos del Cristianismo acerca de esta misma sensación de oír a Cristo llamando a su puerta o aguijoneándoles o persiguiéndoles.

Creo que yo mismo puedo hacerlo. Desde luego, ya que estoy escribiendo sobre Por qué Soy Cristiano, no puedo evitar entrar en terreno personal y contar mi historia. Echando la mirada atrás hacia una vida larga, a menudo me he preguntado qué fue lo que me trajo a Cristo. Como ya he dicho antes, no fue mi crianza ni tampoco mi propia elección personal; fue Cristo mismo llamando a mi puerta, llamando mi atención sobre su presencia ahí fuera.

Y lo hizo principalmente de dos formas. La primera fue a través de mi sensación de separación de Dios. Yo no era un ateo. Creía en la existencia de Dios –alguien o algo en alguna parte–, la realidad última detrás y más allá de todo fenómeno. Pero yo no podía encontrarle. Solía visitar una pequeña y oscura capilla en la escuela a la que asistía, para leer allí libros religiosos y recitar oraciones. Todo para nada. Dios se mostraba remoto y distante; era incapaz de penetrar en la niebla que parecía rodearle.

La segunda manera en la que oí a Cristo llamar a mi puerta fue a través de la sensación de derrota. Debido al vibrante idealismo de la juventud, yo tenía una idea heroica de la clase de persona que quería ser –amable, desinteresada y solidaria–. Con todo, tenía un cuadro igualmente claro de quién era yo –alguien malicioso, egocéntrico y orgulloso–. Los dos cuadros no coincidían. Tenía ideales muy altos, pero voluntad muy débil.

No obstante, gracias a esa sensación de alineación y fracaso, el Extraño que estaba a la puerta seguía llamando, hasta que el predicador que mencioné al principio del Capítulo proyectó algo de luz sobre mi dilema. Me habló de la muerte y resurrección de Jesucristo. Me explicó que Cristo había muerto para cambiar mi distanciamiento en reconciliación, y que fue resucitado de los muertos para cambiar mi derrota en victoria. La correspondencia entre mi necesidad subjetiva y la oferta objetiva de Cristo parecía demasiado cercana para tratarse de una coincidencia. La llamada de Cristo se hacía cada vez más fuerte e insistente. ¿Abrí yo la puerta, o fue Él? Realmente fui yo; pero únicamente gracias a su llamada insistente que lo hizo posible, por no decir inevitable.

Ya te he contado mi historia; me pregunto acerca de la tuya. Jesús nos asegura en su parábola que, ya sea que estemos buscando conscientemente a Dios o no, sin duda Él sí que nos está buscando. Él es como una mujer que barre su casa en busca de una moneda perdida; como un pastor que se arriesga a los peligros del desierto para buscar a una sola oveja perdida; y como un padre que echa de menos a su hijo extraviado y le permite gustar lo amargo de su locura, pero que está preparado para salir corriendo en cualquier momento para encontrarle y darle la bienvenida a casa.

Estoy persuadido de que, en algún momento de nuestras vidas, hemos sentido el aguijón y la llamada de Jesucristo, aun cuando quizá no hayamos reconocido quién era. Porque hay muchas maneras distintas en las que Él nos busca, nos persigue y nos advierte cuando vamos por una senda equivocada, y en una dirección también equivocada.

A veces es a través de una sensación de vergüenza y culpabilidad, cuando recordamos algo que hemos pensado, dicho o hecho y nos quedamos horrorizados ante la profundidad de la depravación a la que podemos llegar.

O puede ser al hallarnos sumidos en una profunda y oscura depresión, o en medio del vacío que produce la desesperación existencial, en la que nada tiene sentido y todo es absurdo. O puede ser por el temor a la muerte y la posibilidad de juicio después de la muerte.

Alternativa y positivamente, en ciertas ocasiones nos podemos sentir abrumados y llenos de asombro ante el equilibrio maravilloso de la naturaleza, o por algo increíblemente bello que escuchamos, vemos o tocamos. O, por qué no, podemos sentir el éxtasis del amor inmerecido o el dolor agudo del amor no correspondido, porque sabemos instintivamente que el amor es la cosa más grande del mundo. Es en momentos como estos que Jesucristo se acerca a nosotros y usa su mano para llamar o aguijonear.

Si nos damos cuenta de la persecución sin tregua de Cristo, y dejamos de intentar escapar de Él, rindiéndonos al abrazo de «este tremendo amante», no quedará lugar para presumir de lo que nosotros hemos hecho, sino tan sólo para agradecerle profundamente su gracia y su misericordia, y para tomar la resolución firme de pasar el resto del tiempo que nos quede y, después, toda la eternidad a su amoroso servicio.

Notas:

1 R. Moffat Gautrey, This Tremendous Lover, una exposición de «The Hound of Heaven» de Francis Thompson (Epworth, 1932).

2 Francis Thompson, The Hound of Heaven (Burns, Oates & Washbourne Ltd., 1893), p. 9.

3 Gautrey, This Tremedous Lover, p. 29.

4 Ibid., p. 30.

5 Thompson, The Hound of Heaven, p. 16.

6 Ibid., p. 17.

7 C. S. Lewis, Surprised by Joy (traducido al Español como Sorprendido por la Alegría) (Geoffrey Bles, 1955; repr. Collins Fontana, 1981), p. 181. «Legión» (que signifi ca una unidad de aproximadamente 6 000 soldados) era el nombre que el endemoniado gadareno se daba a sí mismo porque era consciente de que estaba poseído por una gran número de espíritus malos. Véase Marcos 5:1-20.

8 Augustine, Confessions (en Español, Confesiones), una nueva traducción por Henry Chadwick (OUP, 1992), Libro 2.ii.

9 Ibid., Libro 8.xii.

10 Ibid., Libro 10.xxvii.

11 Malcolm Muggeridge, Chronicles of Wasted Time, Parte I, The Green Stick (Collins, 1972), p. 125.

12 Malcolm Muggeridge, Jesus Rediscovered (Collins Fontana, 1969), pp. 32, 41.

13 Véase más arriba, nota 7.

14 Lewis, Surpirsed by Joy, p. 169.

15 Ibid., pp. 181-182.

16 Ibid., pp. 179-180.

17 Ibid., p. 173.

18 Ibid., p. 170.

19 Ibid., pp. 182-183.

02. LAS REIVINDICACIONES DE JESÚS

> El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los pobres. Me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos y dar vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, a pregonar el año del favor del Señor.
> Lucas 4:18-19

Mi primera respuesta a la pregunta «¿Por qué Soy Cristiano?», ha sido referirme al Sabueso del Cielo, que me persiguió, me pinchó y me aguijoneó hasta que me rendí a Él. Mi segunda respuesta es «Porque estoy convencido de que el Cristianismo es la verdad, o mejor, que las reivindicaciones de Jesús son verdad».

En nuestra sociedad tolerante y pluralista, cuando alguien se hace cristiano, el típico comentario condescendiente es: «Oh, qué bien, querido/a. Estoy seguro/a de que te será de gran ayuda. Uno necesita el consuelo de la religión en estos tiempos difíciles y amenazadores».

Pues bien, yo no niego ni por un momento que Jesucristo sea de enorme ayuda y consuelo a sus seguidores. Pero Él plantea, además, un desafío radical. Así que la segunda razón por la que soy cristiano no es porque «es bonito», sino «porque es verdad».

Nuestra cultura postmoderna, como reacción ante la autocomplacencia de la modernidad, ha perdido todo sentido de seguridad y afirma que no existe tal cosa como una verdad objetiva o universal. Toda nuestra comprensión se supone que está culturalmente condicionada, que es relativa y que todo el mundo tiene su propia verdad. Sin embargo, los cristianos creen otra cosa: a saber, que sí que existe algo como la verdad objetiva.

Un buen ejemplo de esta reivindicación es el ejemplo del apóstol Pablo durante uno de sus juicios (Hch. 26). Estando ante el rey Agripa y, habiéndosele

concedido la libertad para hablar, Pablo contó la historia de su crianza como judío, su persecución de la iglesia, su dramática conversión y su llamamiento para ser apóstol de los gentiles. Proclamó que el Mesías había de sufrir para ser la primera persona en resucitar de entre los muertos.

En ese punto, Festo, procurador de la provincia romana de Judea, interrumpió la defensa de Pablo y gritó, «Estás loco, Pablo. El mucho estudio te ha hecho perder la cabeza».

«No estoy loco, excelentísimo Festo –le respondió Pablo tranquilamente–. Lo que digo es cierto y sensato» (ver vv. 24-25). Ciertamente, es razonable precisamente porque es verdad. Yo podría decir lo mismo.

Seamos claros y empecemos por decir que las reivindicaciones del Cristianismo son, en esencia, las afirmaciones de Cristo. No tengo ningún deseo en particular de defender el «Cristianismo» como sistema o la «iglesia» como institución. La historia de la iglesia ha sido bastante agridulce, combinando hechos heroicos con actos vergonzosos. Pero no nos avergonzamos de Cristo, que es el corazón y centro del Cristianismo.

En verdad, hay mucha gente que critica a la iglesia pero que, sin embargo, mantiene una ligera admiración por Jesús. De hecho, yo todavía no me he encontrado con nadie que no tenga en alta consideración a Jesucristo. Jesús atrae a personas del siglo XXI como nosotros. Él fue un crítico fiero de las instituciones. Defendió la causa de los pobres y necesitados. Hizo amigos entre los marginados de la sociedad. Tenía compasión de las mismas personas que otros despreciaban y rechazaban. Y, aunque fue fiera e injustamente atacado, nunca respondía. Les dijo a sus discípulos que debían amar a sus enemigos, y practicar lo que Él predicaba. Hay mucho para admirar en Jesús.

Sin duda alguna, lo más llamativo de la enseñanza de Jesús era el hecho de que se centraba en su persona. De hecho, siempre estaba hablando de sí mismo. Es verdad que también hablaba bastante del Reino de Dios pero, entonces, añadía que había venido para inaugurarlo. También habló acerca de la paternidad de Dios, pero añadía que Él era el «Hijo» del Padre.

En los grandes «yo soy», que Juan recoge en su Evangelio, Jesús afirmaba ser «el pan de vida», «la luz del mundo», «el camino, la verdad y la vida», y «la

resurrección y la vida». Pero también, en el resto de sitios, Él se presentaba como objeto de la fe de la gente. «Venid a mí»... «sígueme» decía una y otra vez, prometiendo que si venían, serían libertados de sus cargas y su sed mitigada (p. ej., Mt. 11:28; Jn. 7:37). Más dramáticas aún resultaban sus referencias al amor. Él conocía y citaba el mandamiento supremo del Antiguo Testamento, poner a Dios primero y amarle con todo nuestro ser. Pero entonces les pedía a sus seguidores que le amasen a Él primero, añadiendo que si amaban a alguien –incluso a sus parientes más cercanos– más de lo que le amaban a Él, no eran dignos de Él (p. ej. Mt. 10:37-39).

Esta prominencia del pronombre personal («yo-yo-yo, «mí-mí-mí») es muy desconcertante, especialmente en uno que afirmaba que la humildad era la virtud preeminente. Además, esto coloca a Jesús en una categoría aparte de todos los demás líderes religiosos del mundo. Ellos pretendían pasar inadvertidos, señalando en otra dirección fuera de sí mismos, hacia la verdad que enseñaban; Él se adelantaba, ofreciéndose a sus discípulos como su objeto de fe, amor y obediencia. No hay duda, por tanto, de que Jesús creía que Él era único, y es esta conciencia de sí mismo de Jesús la que necesitamos estudiar más a fondo. Hay tres aspectos principales, tres relaciones que afirmaba tener: en primer lugar con las Escrituras del Antiguo Testamento, en segundo lugar con Aquél a quien llamaba «su Padre» y, en tercer lugar, con el resto de la humanidad, incluyéndonos a nosotros.

Cumplimiento

Primero, en relación con las Escrituras del Antiguo Testamento, Jesús afirmaba ser su cumplimiento.

Este sentido de cumplimiento era un ingrediente esencial en su conciencia de sí mismo, desde el principio hasta el final de su ministerio. Su primera palabra recogida de acuerdo con el griego del Evangelio de Marcos fue peplērōtai, «cumplido». Él proclamaba: «¡El tiempo ha venido [literalmente, "se ha cumplido"]… El reino de Dios está cerca. Arrepentíos y creed las buenas noticias!» (Mr. 1:15). Es decir, el reino o mandato de Dios, largamente prometido en el Antiguo Testamento, por fin ha llegado; Él mismo había venido para instaurarlo. En consecuencia, si la gente se humillaba, se arrepentía y creía en Él, podrían «entrar» o «heredar» el reino allí y entonces.

Consideremos ahora el dramático incidente que recoge Lucas 4:14-21, que tuvo lugar en su pueblo natal, en Nazaret, en un día de reposo. Jesús asistió a la reunión en la sinagoga, tal como acostumbraba. Se le dio el libro del profeta Isaías para que leyera, y la lección que tocaba era de nuestro capítulo 61:

«El Espíritu del Señor está sobre mí,
por cuanto me ha ungido
para anunciar buenas nuevas a los pobres.
Me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos
y dar vista a los ciegos,
a poner en libertad a los oprimidos,
a pregonar el año del favor del Señor».

(Lc. 4:18-19; cf. Is. 61:1-2).

Una vez que hubo terminado la lectura, Jesús enrolló el libro de Isaías, se lo devolvió al ayudante de la sinagoga y se sentó, listo, como un rabino visitante, a exponer lo que había leído. Y mientras los ojos de la congregación se clavaban en Él, les asombró diciendo: «Hoy se cumple (peplērōtai otra vez) esta Escritura en presencia vuestra» (Lc. 4:21). En otras palabras «Si queréis saber a quién se refería el profeta, estaba escribiendo acerca de mí». Era una reivindicación extraordinaria afirmar ser el cumplimiento de la Escritura.

Y así Jesús continuó asegurando que «las Escrituras… dan testimonio a mi favor» (Jn. 5:39) y que «Abraham... se regocijó al pensar que vería mi día» (Jn. 8:56). Y después de su resurrección «les explicó lo que se refería a Él en todas las Escrituras», añadiendo «que tenía que cumplirse todo lo que está escrito acerca de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos» (Lc. 24:27, 44).

En particular, Jesús se veía a sí mismo en dos figuras del Antiguo Testamento. La primera era «el Hijo del Hombre», una persona humana en la visión de Daniel, a quien «se le dio autoridad, poder y majestad», de modo que «todos los pueblos, naciones y lenguas lo adoraron» y su dominio será «un dominio eterno, que no pasará, y su reino jamás será destruido» (Dn. 7:13-14).

Pero Jesús también se veía a sí mismo como el «siervo sufriente» de Isaías, que fue «despreciado y desechado por los hombres» y «cargó con el pecado de muchos» (Is. 53:3, 12). Así, «Hijo de Hombre» en Daniel 7 era un título de

honor, mientras que «siervo sufriente» en Isaías 53 era un título de vergüenza. Entonces Jesús hizo lo que nadie antes de Él había hecho. Fundió las dos imágenes diciendo que el Hijo del Hombre tenía que sufrir muchas cosas (Mr. 8:31). Insistió en que era únicamente a través del sufrimiento y la muerte que Él entraría en su gloria.

Un día, tal como lo recogen Mateo y Lucas, Jesús hizo su afirmación más clara y categórica: «Dichosos vuestros ojos porque ven, y vuestros oídos porque oyen. Porque os aseguro que muchos profetas y otros justos anhelaron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron» (Mt. 13:16-17; cf. Lc. 10:23-24). En otras palabras, sus ojos estaban viendo de verdad y sus oídos oyendo de verdad lo que los profetas del Antiguo Testamento habían deseado oír y ver ellos mismos. Los profetas vivieron en el tiempo de la anticipación; los discípulos en los días del cumplimiento.

Es una afirmación enormemente significativa, porque muchos están dispuestos a reconocer a Jesús como un profeta, incluyendo a todo el mundo del Islam. Pero Jesús ni pensaba ni habló de sí mismo en esos términos, al contrario. En lugar de ser un profeta más en la larga sucesión de los siglos –incluso el profeta postrero– Jesús más bien afirmaba ser el cumplimiento de toda profecía. Todas las corrientes proféticas del Antiguo Testamento convergían en Él. Era en y con su venida que una nueva era había amanecido y por fin el reino de Dios había llegado.

Intimidad

En segundo lugar, en relación con Dios, a quien llamaba «Padre», Jesús reivindicó la relación exclusiva de «Hijo».

Añado deliberadamente el adjetivo «exclusivo», porque el uso del término o título «hijo de Dios» no es definitivo por sí mismo. La expresión se utiliza en la Escritura en una amplia variedad de formas. A los ángeles se les llama ocasionalmente «hijos de Dios» (p. ej. Job 1:6; 2:1). También a Adán (Lc. 3:38). También se les llama así a Salomón (2 S. 7:14) y a Israel como conjunto (Ex. 4:22; Os. 11:1). De hecho, el término acabó por aplicarse a todos los reyes ungidos de Judá y, especialmente, al rey davídico que había de venir, el Mesías (p. ej. Sal. 2:7).

De modo que el título no es concluyente por sí mismo. Después de todo, a nosotros que seguimos a Jesús, hoy en día se nos permite llamarnos hijos e hijas de Dios. No obstante, el modo en que Jesús utilizaba el término era distintivo. Para empezar, usaba el artículo definido, llamando a Dios «el Padre», y a sí mismo «el Hijo», en realidad el Hijo único de Dios, en forma absoluta y sin calificativos. Nosotros podemos afirmar ser «un» hijo o «una» hija de Dios, pero no soñaríamos nunca con llamarnos «la hija» o «el hijo». Sin embargo Jesús sí lo hizo, implicando con ello que entre el Padre y Él existía una relación recíproca única, que le permitía decir «nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo» (Mt. 11:27). Y expresaba esta relación íntima excepcional llamando a Dios «Abba», «mi Padre».

El difunto catedrático Joachim Jeremias of Göttingen (1900-82) escribió acerca de la importancia de esto:

> Hasta la fecha nadie ha aportado ni un ejemplo del Judaísmo de Palestina donde un individuo llame a Dios «mi Padre»…Pero eso es exactamente lo que hizo Jesús…Lo más sorprendente es que cuando Jesús se dirigía a Dios como su Padre en oración, utilizaba la palabra «Abba»…En ningún lugar en la literatura y las oraciones del Judaísmo antiguo –un inmenso tesoro aún muy poco explorado– se encuentra esta invocación de Dios como Abba…Por otro lado, Jesús siempre la utilizaba cuando oraba…Para una mente judía habría sido irreverente y por lo tanto impensable llamar a Dios usando este término familiar. Era algo nuevo, algo único nunca antes oído, que Jesús se atreviera a dar este paso y hablar con Dios como un niño habla con su padre, con sencillez, íntimamente, con plena seguridad…Abba como apelativo para Dios es ipsissima vox [la mismísima voz], una expresión auténtica y original de Jesús…[1]

Desde luego, no llegamos a comprender en toda su extensión la conciencia que Jesús tenía de sí mismo. Ni tampoco sabemos cómo llegó a experimentar la paternidad de Dios. Pero lo que sí sabemos es que, a una edad tan temprana como los doce años, Él pensaba en Dios como su Padre y era capaz de preguntar «¿No sabíais que tengo que estar en la casa de mi Padre?» (Lc. 2:49). También sabemos que su relación íntima con el Padre continuó a lo largo de su vida, incluso a través de sus sufrimientos (exceptuando aquel horrible momento de abandono de Dios en la cruz), hasta sus últimas palabras cuando murió, que fueron «¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!» (Lc. 23:46).

Autoridad

En tercer lugar, Jesús reivindicó en relación con los seres humanos la autoridad de ser su Salvador y su Juez.

Una de las cosas más extraordinarias que Jesús hizo a través de sus enseñanzas (y lo hizo de un modo tan discreto que mucha gente lee los Evangelios sin darse cuenta de ello) fue situarse al margen de todos los demás. Por ejemplo, al afirmar que Él era el buen pastor que salía al desierto a buscar a su oveja perdida, estaba implicando que el mundo estaba perdido, que Él no lo estaba, y que Él podía buscarlo y salvarlo.

En otras palabras, se colocó a sí mismo en una categoría moral en la que estaba solo. Todos los demás estaban en oscuridad; Él era la luz del mundo. Todos los demás tenían hambre; Él era el pan del cielo. Todos los demás tenían sed; Él podía calmar su sed. Todos los demás eran pecadores; Él podía perdonar sus pecados. De hecho, eso fue lo que hizo en dos ocasiones distintas y, en ambos casos, los que lo observaban se escandalizaron. Preguntaron «¿Por qué habla éste así? ¡Está blasfemando! ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?» (Mr. 2:5-7; cf. Lc. 7:48-49).

Si Jesús afirmaba tener la autoridad para perdonar a los que se arrepienten, también reivindicaba la autoridad para juzgar a los que no se arrepienten. Varias de sus parábolas implicaban que Él esperaba regresar al final de la historia. En aquel día, decía, Él se sentaría en su trono de gloria. Todas las naciones estarían ante Él, y Él separaría los unos de los otros como el pastor separa a sus ovejas de las cabras. En otras palabras, Él establecería su destino eterno. De este modo se estaba colocando a sí mismo como figura central en el día del juicio.

Estas son afirmaciones que dejan sin respiración. Jesús era carpintero de oficio. Nazaret era un oscuro pueblo en el extremo del Imperio Romano. Nadie fuera de Palestina habría oído siquiera acerca de Nazaret. Y, sin embargo, ahí estaba Él, afirmando ser el Salvador y Juez de toda la raza humana.

La gente se asombraba de su autoridad. Sentían temor y asombro ante su presencia. Algunos decían que tenía que estar loco. Otros dejaron todo, se levantaron y le siguieron.

Así pues, éstas son las tres relaciones que Jesús afirmaba tener. En lo relativo a las Escrituras del Antiguo Testamento, Él era su cumplimiento. En relación con el Padre, Él disfrutaba de una intimidad filial única. En relación con los seres humanos, Él reivindicaba tener la autoridad para ser su Salvador y Juez. Tres palabras resumen sus reivindicaciones –cumplimiento, intimidad y autoridad–. Él afirmaba ser el Cristo de las Escrituras, el Hijo de Dios y el Salvador y Juez del mundo.

Hugh Martín, un erudito del Nuevo Testamento, escribió lo siguiente:

> Mi conclusión al leer los Evangelios, tras un escrutinio riguroso y haciendo todas las concesiones necesarias, es que Jesús nunca dejó de reivindicar, ni en palabra ni en hecho, su señorío sobre los corazones y las vidas de los hombres. Puede que no nos guste, puede que incluso nos moleste, pero es un hecho innegable. La evidencia en todos nuestros documentos es incontrovertible.[2]

Entonces, ¿qué hacemos con estas reivindicaciones? Lo que no podemos hacer (aunque mucha gente lo intenta) es ignorarlas. Si las metemos debajo de la alfombra, tienen la costumbre desconcertante de volver a salir a la luz. Se encuentran entretejidas en el tapiz de los Evangelios; no podemos pretender que no están ahí. No podemos disfrazar a Jesús de maestro inofensivo y bueno que se dedica a enseñar tópicos éticos.

La situación es muy sencilla. Las afirmaciones de Jesús o son verdad o son mentira. Si son falsas, podrían ser deliberadamente falsas (en cuyo caso, Él sería un mentiroso, un impostor) o involuntariamente falsas (en cuyo caso sería un iluso). Sin embargo, ninguna de estas posibilidades resulta plausible. Jesús odiaba la hipocresía y las pretensiones religiosas. Era una persona de tal integridad que es difícil creer que fuera un charlatán. Y, en cuanto a la posibilidad de estar equivocado respecto de sí mismo, existen desde luego algunas personas psicóticas que imaginan ser la reina de Saba, Julio César, el Emperador del Japón o cualquier otra personalidad. Pero hay algo que echa por tierra esta teoría en relación con Jesús. Y es que las personas ilusas no engañan a nadie excepto a sí mismas. Sólo hace falta pasar dos o tres minutos en su presencia para darse cuenta uno que se encuentran muy lejos de la realidad y que viven en un mundo de fantasía. Pero Jesús no. Él ha conseguido persuadir (o engañar) a millones de personas, precisamente por la sencilla razón de que parece ser quien afirma ser.

No existe dicotomía alguna entre su carácter y sus afirmaciones.

Este dilema ha sido expresado con contundencia por C. S. Lewis:

> Un hombre que fuera meramente un hombre y dijera la clase de cosas que Jesús dijo no sería un gran maestro moral. Sería o bien un lunático–al mismo nivel que la persona que cree ser un huevo escalfado– o bien sería el demonio del infierno. Tienes que elegir. O bien este hombre era y es el Hijo de Dios, o bien es un loco o algo peor. Puedes encerrarle como si fuera un loco, puedes escupirle y matarle como a un demonio; o puedes caer a sus pies y llamarle Señor y Dios. Pero no recurramos a paternalismos y estupideces, afirmando que era un gran maestro humano. Él no nos dejó esa posibilidad abierta. Ni tampoco lo pretendía.[3]

Ésta es la paradoja de Jesús. Sus afirmaciones suenan a los desvaríos de un lunático, pero no muestra ningún signo de ser un fanático, un neurótico y menos todavía un psicótico. Por el contrario, aparece ante nosotros a través de las páginas de los Evangelios como el más equilibrado de los seres humanos.

Consideremos en particular su humildad. Sus afirmaciones acerca de sí mismo son perturbadoras, porque también se centran en sí mismo; sin embargo, su comportamiento estaba revestido de humildad. Sus afirmaciones suenan orgullosas, pero Él era humilde. Para mí está paradoja alcanza su máximo exponente cuando estaba con sus discípulos en el aposento alto antes de morir. Él dijo que era su Señor, su Maestro y su Juez; pero tomó una toalla, se puso de rodillas y lavó sus pies como si fuera un esclavo más. ¿No es acaso esto algo único en la historia del mundo? Ha habido muchas personas arrogantes, pero todas se han comportado como tal. También ha habido mucha gente humilde, pero nadie ha hecho grandes afirmaciones acerca de sí mismo. Es esta combinación de «egocentrismo» y humildad la que resulta tan inesperada –el egocentrismo de su enseñanza y la humildad de su carácter–.

¿Por qué soy cristiano? Intelectualmente hablando, es a causa de esta paradoja de Jesucristo. Es porque Aquél que afirmaba ser el Señor de sus discípulos se humilló a sí mismo para ser su siervo.

Notas:

1 Joachim Jeremias, The Central Message of the New Testament (SCM, 1965), pp. 16-17, 19-20, 21, 30.

2 Hugh Martin, The Claims of Christ: A Study in His Self-portraiture (SCM, 1955), pp. 42-43.

3 C. S. Lewis, Mere Christianity (traducido al Español bajo el título Mero Cristianismo) (Geoffrey Bles, 1952; edición revisada Fount, 1997), p. 43.

03. LA CRUZ DE CRISTO

Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros.
Romanos 5:8

Las afirmaciones de Jesús no sólo tienen que ver con quién era Él, sino también con qué vino a hacer al mundo; no únicamente con su persona sino también con su misión; no sólo con su vida, también con su muerte.

Cualquiera que investigue sobre el Cristianismo por primera vez, se sorprenderá por el énfasis tan extraordinario que sus seguidores pusieron en su muerte. En el caso de todos los demás grandes líderes espirituales, su muerte se lamenta por ser la que puso fin a sus carreras. No tiene importancia en sí misma; lo que importa es su vida, sus enseñanzas y la inspiración de su ejemplo.

No obstante, con Jesús es exactamente al revés. Indudablemente su enseñanza y su ejemplo fueron incomparables pero, desde el principio, sus seguidores hicieron énfasis en su muerte. Tomemos como ejemplo a sus tres grandes apóstoles, Pablo, Pedro y Juan:

Pablo: «Me propuse más bien, estando entre vosotros, no saber cosa alguna, excepto de Jesucristo, y de éste crucificado» (1 Co. 2:2).

Pedro: «Porque Cristo murió por los pecados una vez por todas, el justo por los injustos, a fin de llevaros a Dios» (1 P. 3:18).

Juan: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo para que fuera ofrecido como sacrificio por el perdón de nuestros pecados» (1 Jn. 4:10).

Más aún, cuando los Evangelios se escribieron, sus cuatro escritores dedicaron una cantidad desproporcionada de espacio a la última semana de su vida en la tierra –en el caso de Lucas un cuarto, en el de Mateo y Marcos un tercio, y en el

de Juan tanto como la mitad–.

Y la razón de este énfasis es que los apóstoles lo habían visto en la mente del mismo Jesús. Se colocó a sí mismo al margen del resto de grandes líderes religiosos de la historia. Estos murieron de muerte natural siendo ya de edad, habiendo completado con éxito su misión. Mahoma tenía sesenta y dos años, Confucio setenta y dos, Buda ochenta, y Moisés ciento veinte. Pero Jesús sufrió la horrible muerte de la crucifixión a principios de sus treinta, repudiado por su propio pueblo, habiendo sido aparentemente un completo fracaso y, sin embargo, reivindicando que iba a cumplir su misión a través de su muerte. Desde luego, durante sus últimos días sobre la tierra, seguía mirando hacia delante, hacia el cumplimiento de su obra.

Resulta claro, por tanto, que la muerte de Jesús era central según su propia comprensión de las cosas. En tres ocasiones distintas y muy solemnes, Él predijo su muerte, diciendo que «El Hijo del Hombre tiene que sufrir muchas cosas… y… que lo maten» (Mr. 8:31; cf. 9:31; 10:32-34). Él veía su misión completada a través de su muerte y, por tanto, su muerte era inevitable. Debe suceder, decía. También se refirió a su muerte como la «hora» para la que había venido al mundo. Al principio, esta «hora» fue retrasada una y otra vez pero, al final, pudo decir «Ha llegado la hora» (Jn. 12:23-24). Y por fin, durante la noche del jueves, mientras estaba cenando con los doce, Él proveyó deliberadamente lo necesario para que se celebrara una reunión en memoria suya. Tenían que tomar, partir y comer pan recordando su cuerpo dado por ellos, y beber vino en memoria de su sangre derramada asimismo por ellos. La muerte de Jesús nos habla a partir de estos dos elementos: el pan partido y el vino derramado. Ningún simbolismo podía resultar más dramático. Así pues Jesús dio instrucciones claras acerca de cómo quería que se le recordase: por su muerte.

Así que la iglesia ha acertado al escoger la cruz como símbolo del Cristianismo. Podía haber escogido el pesebre en el que fue puesto Jesús (como emblema de su encarnación), o el banco de trabajo de un carpintero (afirmando así la dignidad del trabajo manual), o la barca desde la que enseñó a las gentes, o la toalla con la que lavó y secó los pies de los discípulos (como símbolo de humilde servicio), o la tumba de la que se levantó otra vez, o el trono que ocupa hoy (representando su soberanía), o la paloma o el fuego (emblemas del Espíritu Santo). Cualquiera de estos podría haber sido un símbolo adecuado de la fe cristiana. Pero la iglesia los dejó a un lado en favor de la cruz, que nos habla de la necesidad y

centralidad de su muerte.

Y es así como la vemos por todas partes. En muchas iglesias, a los candidatos al bautismo se les señala con la señal de la cruz. Y si después de nuestra muerte somos enterrados, nuestra familia y amigos levantarán probablemente una lápida sobre nuestra tumba en la que habrán pedido que se inscriba la señal de una cruz. En la Edad Media, las grandes catedrales de Europa se construyeron deliberadamente con planta cruciforme, con la nave y los cruceros formando una cruz gigantesca. Y a muchos miembros de la iglesia les gusta declarar su identidad cristiana llevando una cruz –las mujeres en un collar o en pendientes y los hombres en su solapa–. Ciertamente, el hecho de hacerlo significa todo un desafío para nuestro propio compromiso cristiano. Uno de estos era Malcolm Muggeridge:

> Me parecía ver la cruz (escribió más adelante en su vida), no necesariamente en un crucifijo; quizá se trataba de dos trozos de madera clavados juntos de forma accidental, o un poste telegráfico, por ejemplo –y de pronto mi corazón se paraba–. De una manera instintiva, intuitiva, comprendía que se trataba de algo más importante, más tumultuoso, más apasionado que nuestras buenas causas, por muy admirables que fuesen… Era, lo sé, un interés obsesivo…Yo mismo ataba trozos de madera, o lo garabateaba. Este símbolo, que en mi casa era considerado algo irrisorio, era sin embargo el foco de inconcebibles deseos y esperanzas…Cuando recuerdo esto, cae sobre mí una sensación de mi propio fracaso que pesa como el plomo. Debía haberla tenido puesta sobre mi corazón; haberla llevado, como precioso estandarte que nunca se apartase de mis manos, y aun cuando cayera, seguir llevándola en alto. Debía haber sido mi culto, mi uniforme, mi idioma, mi vida. No tendré excusa; no puedo decir que no lo sabía. Lo sabía desde el principio y me di la vuelta.[1]

La elección de la cruz como símbolo supremo del cristiano fue aún más admirable, si cabe, porque en la cultura greco-romana la cruz era un emblema de vergüenza. Los romanos reservaban la humillante y dolorosa muerte por crucifixión a los criminales peores y a los traidores más peligrosos. Ningún ciudadano romano era jamás crucificado. Cicerón lo condenó como «el más cruel y desagradable de los castigos»[2].

Y en su famosa defensa de un senador anciano insistió que la mismísima

palabra «cruz» debía ser apartada no sólo de la persona de un ciudadano romano, sino incluso de «sus pensamientos, sus ojos y sus oídos»[3].

¿Por qué entonces este incesante énfasis en la cruz? ¿Por qué murió Cristo? Muchos no tienen ninguna dificultad en dar respuesta a estas preguntas. Murió –dicen– porque fue un maestro de doctrinas subversivas. Fue un pensador revolucionario que estorbó tanto los prejuicios de sus contemporáneos que tuvieron que deshacerse de Él. Murió víctima de mentes cerradas, como un mártir de su propia grandeza.

Esta teoría del mártir es verdad hasta donde llega, pero lo cierto es que no llega demasiado lejos. Ignora el hecho (que por otra parte las narraciones dejan claro) de que Él fue a la cruz por voluntad propia. «Yo soy el buen pastor –dijo–. El buen pastor da su vida por las ovejas… Nadie me la arrebata, sino que yo la entrego de mi propia voluntad. Tengo autoridad para entregarla, y tengo también autoridad para volver a recibirla» (Jn. 10:11, 18).

Pero ¿por qué fue voluntaria y deliberadamente a la cruz? ¿Por qué puso su vida por nosotros? Se podrían dar muchas razones, porque la cruz es un evento demasiado rico para una sola explicación. Yo he seleccionado las tres más importantes que da la Biblia:

Primero, Cristo murió para expiar nuestros pecados.
Segundo, Cristo murió para revelar el carácter de Dios.
Tercero, Cristo murió para conquistar a los poderes del mal.

O, para usar un solo término para cada explicación, la muerte de Cristo fue una expiación, una revelación y una conquista –una expiación por el pecado, una revelación de Dios y una conquista sobre el mal–.

Cristo murió para expiar nuestros pecados

La cruz de Cristo es la única base sobre la que Dios puede perdonar nuestros pecados.

Pero ¿por qué –objetaría inmediatamente un crítico impaciente– tiene que depender nuestro perdón de la muerte de Cristo? ¿Por qué no nos perdona Dios

simplemente, sin necesidad de la cruz? «Dios me perdonará –afirmó Heinrich Heine–. Esa es su especialidad»[4]. Después de todo –podría objetar nuestro crítico– si pecamos los unos contra los otros, se nos exige que nos perdonemos unos a otros. Así que, ¿por qué no había Dios de practicar lo que predica? ¿Por qué no debe ser Él tan generoso como nos pide a nosotros que seamos?

Hace falta dar dos respuestas a estas preguntas. La primera de ellas la dio, al final del siglo XI, Anselmo, el arzobispo de Canterbury. Escribió lo siguiente en su magnífico libro Why God Became Man: «Aún no has considerado la seriedad del pecado»[5].Y la segunda respuesta sería: «Aún no has considerado la majestad de Dios». Establecer una analogía entre el perdón entre los hombres y el perdón de Dios para con nosotros resulta muy superficial. Nosotros no somos Dios sino seres individuales, mientras que Él es el Hacedor del cielo y la tierra, el Creador de todas las leyes que nosotros rompemos. Nuestros pecados no son simples heridas personales, sino una rebelión voluntaria contra Él. Y es cuando empezamos a ver la gravedad del pecado y la majestad de Dios que nuestras preguntas cambian. Ya no preguntamos por qué Dios encuentra difícil perdonar pecados, sino cómo lo encuentra posible. Como lo ha expresado un escritor, «perdonar para el hombre es el más sencillo de los deberes; para Dios es el más profundo de los problemas»[6].

¿Por qué podemos describir el perdón como un «problema» para Dios? Por cómo es Él en su ser más íntimo. Por supuesto, Él es amor (1 Jn. 4:8, 16), pero su amor no es un amor sentimental; es un amor santo. ¿Cómo entonces podría Dios castigar el pecado (tal como debe en justicia) sin contradecir su amor? O ¿cómo podría Dios perdonar el pecado (como en su amor ansiaba) sin comprometer su justicia? Y ante la maldad humana, ¿cómo podría ser Dios veraz para consigo mismo, siendo como es amor santo? ¿Cómo podría actuar para expresar simultáneamente su santidad y su amor?

Éste es el dilema divino que Dios resolvió en la cruz, porque en la cruz, cuando Jesús murió, Dios mismo en la persona de Cristo cargó con el juicio que merecíamos, a fin de traernos el perdón que no merecíamos. Alguien llevó sobre sí todo el castigo por el pecado –pero no, no fuimos nosotros, sino Dios en la persona de Cristo–. En la cruz se reconciliaron el amor y la justicia divina.

Toda esta maravillosa verdad aparece encapsulada en la Biblia en una sencilla y recurrente afirmación: «Cristo murió por nuestros pecados». El pecado y la

muerte aparecen juntos continuamente, casi como si estuvieran adosados el uno al otro, intrínsecamente relacionados en las páginas de la Biblia. Desde Génesis 2 (v. 17) hasta Apocalipsis 21 (v. 8) una misma verdad se repite con insistencia: que «la paga del pecado es la muerte» (Ro. 6:23), es decir, que el pecado nos separa de Dios. Normalmente, el pecado y la muerte son nuestros. Nosotros pecamos y nosotros morimos. Pero cuando los apóstoles escriben acerca de la cruz, hacen una afirmación asombrosa: que Cristo murió por nuestros pecados. Es decir, que el pecado era nuestro, pero la muerte (o la separación de Dios), que es la paga del pecado, es ahora suya. Eso es lo que quiere decir expiación «sustitutoria». Él tomó nuestro lugar, llevó nuestro pecado, pagó nuestra deuda y murió nuestra muerte. Y si nos preguntamos cómo Dios murió nuestra muerte, sólo podemos señalar a esas tres horas de oscuridad y abandono de Dios en las que Cristo gustó la desolación del infierno en nuestro lugar para que nosotros pudiéramos librarnos de él.

Cristo murió para revelar el carácter de Dios

Si Cristo murió para expiar nuestros pecados, también murió para revelar el carácter de Dios. Porque, del mismo modo que nosotros los humanos demostramos nuestro carácter con nuestras acciones, así también Dios. Él se ha revelado a sí mismo a la perfección dando a su Hijo para morir por nosotros.

Pablo escribe dos veces en su gran carta a los Romanos acerca de esta demostración –casi podríamos decir vindicación– del carácter justo y lleno de amor de Dios en la cruz. Sería conveniente, antes de estudiar por separado estos dos textos claves, que los coloquemos uno al lado del otro:

> Dios… hizo esto [es decir, presentó a Cristo como sacrificio de expiación] para así demostrar su justicia. Anteriormente, en su paciencia, Dios había pasado por alto los pecados; pero en el tiempo presente ha ofrecido a Jesucristo para manifestar su justicia. De este modo, Dios es justo y, a la vez, el que justifica a los que tienen fe en Jesús (Ro. 3:25-26).

> Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros (Ro. 5:8).

En estos dos textos, Pablo declara que en y a través de la muerte de Jesucristo

Dios ha demostrado clara y públicamente tanto su justicia como su amor.

Voy a empezar con la justicia de Dios primero. Los hombres y mujeres sensibles –moralmente hablando– siempre se han quedado perplejos ante las aparentes injusticias de la providencia de Dios. Es uno de los temas más recurrentes en la literatura bíblica de sabiduría, y domina por completo el libro de Job. ¿Por qué florecen los malos y por qué sufren los inocentes? Hay una necesidad evidente de «theodicy», es decir, una vindicación de la justicia de Dios, una justificación para los hombres de los caminos aparentemente injustos de Dios.

La Biblia responde a esta necesidad de dos maneras. Primero, nos señala hacia el futuro, hacia el juicio final, cuando todo lo malo será hecho bueno y, mientras tanto, nos señala hacia el pasado, al juicio decisivo que tuvo lugar en la cruz, porque allí Dios mismo, en la persona de Cristo, llevó la paga de nuestro pecado. Por tanto, la razón para la anterior falta de acción de Dios ante el mal no era su indiferencia moral sino su aguante y paciencia hasta que Cristo viniera y se encargara de ello con su muerte. Nadie puede acusar ahora a Dios de tolerar el pecado y con ello de ser injusto.

Pero ¿y qué del amor de Dios? ¿Cómo podemos creer en el amor de Dios cuando aparentemente existe tanta evidencia de lo contrario? Estoy pensando en tragedias personales y desastres naturales, en la pobreza mundial y el hambre, la tiranía y la tortura, las enfermedades y la muerte. ¿Cómo puede la suma total de la miseria humana reconciliarse con el amor de Dios?

El Cristianismo no ofrece ninguna respuesta fácil a estas preguntas angustiosas. Pero sí ofrece evidencia del amor de Dios, que es tan histórico y objetivo como la evidencia que parece negarlo, es decir, la cruz. La cruz no explica las calamidades, pero nos provee de un terreno ventajoso desde el cual verlas y soportarlas.

A fin de comprender esto, necesitamos volver a Romanos 5:8 y la demostración del amor de Dios: «Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros». Ésta es la demostración de «su propio amor para con nosotros». Es único, porque no existe ningún amor semejante a éste. Se compone de tres partes que, juntas, forman un caso convincente.

En primer lugar, Dios dio a su Hijo por nosotros. Es verdad, en Romanos 5:8 Pablo afirma simplemente que «Cristo» murió por nosotros. Pero el contexto nos dice quién era este Cristo, el Mesías. De acuerdo con el versículo 10, la muerte de Cristo era «la muerte de su Hijo [de Dios]». De modo que al enviar a Cristo, Dios no estaba enviando a un cualquiera, a un tercero. No, al enviar a su propio Hijo se estaba dando a sí mismo.

En segundo lugar, Dios dio a su Hijo para morir por nosotros. De todas formas habría sido magnífico que Dios hubiera dado a su Hijo y, al hacerlo, a sí mismo, simplemente para que fuera un ser humano por nosotros. Pero fue aún más lejos, «hasta la muerte, ¡y muerte de cruz!» (Fil. 2:7-8), a la tortura de la crucifixión y al horror de tener que cargar con los pecados y ser abandonado por Dios. No podemos imaginarnos, ni de lejos, el dolor tan espantoso que dichas experiencias involucraron.

En tercer lugar, Dios dio a su Hijo para morir por nosotros, es decir, por personas que Pablo pasa a describir como «pecadores», «impíos», «enemigos» y «débiles» (Ro. 5:6-10). Es muy raro, continua Pablo, que alguien esté dispuesto a morir por un hombre justo (cuya justicia es fría, austera y severa), aunque por un hombre «bueno» (cuya bondad es cálida, amigable y atractiva) alguien quizá estaría dispuesto a morir. Pero Dios demuestra su amor único por nosotros en esto: que Él murió por gente pecadora, impía, rebelde y débil como nosotros.

El valor de un regalo de amor se calcula tanto por lo que le cuesta al que lo da como por el grado de merecimiento del que lo recibe. Un joven enamorado le dará a su amada regalos costosos porque considera que ella los merece. Pero Dios, dando a su Hijo, se dio a sí mismo por sus enemigos. Él lo dio todo por quienes no merecían nada de Él. Y esa es la prueba que Dios nos da de su amor para con nosotros. De modo que lo que hemos recibido por la muerte expiatoria de Cristo no es una solución al problema del dolor, sino una evidencia sólida y segura tanto del amor de Dios como de su justicia, a la luz de lo cual nosotros tenemos que aprender a vivir, amar, servir, sufrir y morir.

Cristo murió para conquistar a los poderes del mal

Si Cristo murió para expiar nuestros pecados y para revelarnos el carácter de Dios, también murió para conquistar los poderes del mal. De hecho, resulta

imposible leer el Nuevo Testamento sin sentirse golpeado por la atmósfera de confianza gozosa que se respira y que destaca por el alivio que produce, en contraste con la insípida religión que hoy en día pasa a menudo por Cristianismo. No había ningún derrotismo en los primeros creyentes; más bien hablaban de victoria. Por ejemplo: «¡Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!» (1 Co. 15:57); «En todo esto [es decir, adversidades y peligros] somos más que vencedores» (Ro. 8:37).

Victoria, conquista, triunfo, derrota sobre el oponente –éste era el vocabulario de aquellos primeros seguidores de Jesús–. Ellos atribuían esta victoria a la cruz.

No obstante, cualquier observador contemporáneo que viera a Cristo morir habría escuchado, con asombro incrédulo, las afirmaciones de que el Crucificado era un Conquistador. ¿Acaso no había sido rechazado por su propia nación, traicionado, negado y abandonado por sus propios discípulos y crucificado por la autoridad del procurador romano? Míralo allí, extendido y clavado en su cruz, privado de cualquier libertad de movimiento, sujetado con cuerdas o clavos o ambas cosas, clavado e impotente. Parece una derrota total. Si hay victoria alguna, es la victoria del orgullo, los prejuicios, los celos, el odio, la cobardía y la brutalidad.

Y, sin embargo, la reivindicación del Cristianismo es que la realidad es exactamente la contraria de lo que aparenta. Lo que parecía (y en un sentido era) la derrota del mal sobre el bien es también, y con mucha más certeza, la derrota del bien sobre el mal. Vencido allí, Él estaba venciendo. Quebrantado por el poder implacable de Roma, Él estaba quebrantando la cabeza de la serpiente (como predecía Gn. 3:15). La víctima era el vencedor, y la cruz sigue siendo aún el trono desde el que gobierna el mundo.

El apóstol Pablo describe con vívidas imágenes cómo los poderes del mal rodearon a Jesús y le acorralaron en la cruz, cómo se los quitó de encima, los desarmó e hizo de ellos un espectáculo público triunfando sobre ellos por la cruz (Col. 2:15). Cuál fue la forma precisa en la que esta batalla cósmica tuvo lugar, no se nos explica. Pero nosotros sabemos que Jesús resistió la tentación de evitar la cruz y, en lugar de ello, caminó obediente hacia ella; que cuando le provocaban con insultos y torturas, Él se negó en redondo a responder, venciendo así el mal con el bien (Ro. 12:21); y que, cuando las fuerzas combinadas de Jerusalén y Roma formaron contra Él, Él rehusó recurrir a la

fuerza terrenal. Con ello, se negaba a desobedecer a Dios, odiar a sus enemigos o imitar el uso que el mundo hace de la fuerza. Con su obediencia, amor y mansedumbre ganó una victoria moral decisiva sobre los poderes de las tinieblas. Se mantuvo libre, firme e impoluto. Ésta fue su victoria. El diablo no pudo asirse de Él y tuvo que aceptar la derrota.

No tenemos, por tanto, que considerar la cruz como derrota y la resurrección como victoria. Más bien, la cruz fue la victoria que ganó, y la resurrección la victoria endosada, proclamada y demostrada.

Este tema de la victoria a través de la cruz, que los antiguos padres griegos y los posteriores padres latinos celebraron tanto, se perdió a causa de algunos teólogos medievales, pero fue recuperado por Martín Lutero en la Reforma. Esa fue la tesis de Gustav Aulén, un teólogo sueco, en su influyente libro Christus Victor (1930). Estaba en lo cierto al recordar a la iglesia este tema en cierto sentido descuidado. Sin embargo, no debemos cometer el error contrario, enfatizando tanto el tema del triunfo que olvidemos los temas de la expiación y la revelación. En cualquier visión equilibrada de la cruz, debemos confesar a Cristo como nuestro Salvador (la expiación por nuestros pecados), nuestro Maestro (desplegando ante nosotros el carácter de Dios) y como Vencedor (derrotando a los poderes del mal).

¿Por qué soy cristiano? Una razón es la cruz de Cristo. En realidad, yo mismo no podría creer en Dios si no fuera por la cruz. Es la cruz la que da credibilidad a Dios. El único Dios en el que yo creo no es el que Nietzsche (el filósofo alemán del siglo XIX) ridiculizó como «Dios en la cruz». En nuestro mundo real lleno de dolor, ¿cómo puede alguien adorar a un Dios inmune e insensible hacia él?

En el curso de mis viajes he entrado en un buen número de templos budistas en diferentes países asiáticos. He permanecido de pie respetuosamente delante de una estatua de Buda, con sus piernas y brazos cruzados, sus ojos cerrados, y la sombra de una sonrisa jugando alrededor de su boca, sereno y silencioso, con una mirada remota en su semblante, aislado de todas las agonías del mundo. Pero, en cada ocasión, después de un rato me he tenido que dar la vuelta y salir. Y en su lugar, en mi imaginación me he vuelto hacia la figura retorcida, torturada y solitaria de la cruz, con los clavos atravesando sus manos y pies, su espalda lacerada, sus miembros deformados, su frente sangrando a causa de las espinas, y su boca reseca, sufriendo una sed intolerable, inmerso en la oscuridad

del abandono de Dios. ¡Para mí Dios es el crucificado! Él dejó de lado su inmunidad hacia el dolor. Él entró en nuestro mundo de carne y sangre, de lágrimas y muerte. Él sufrió por nosotros, muriendo en nuestro lugar a fin de que nosotros fuésemos perdonados. Nuestros sufrimientos se hacen más manejables a la luz del suyo. Aún existe un interrogante en contra del sufrimiento humano, pero, por encima de él, ha quedado estampado otro signo, el de una cruz, que simboliza el sufrimiento divino.

«La cruz de Cristo… es la única autojustificación posible de Dios en un mundo como el nuestro»[7].

Notas:

1 Malcolm Muggeridge, Jesus Rediscovered (Collins Fontana, 1969), pp. 24-25.

2 Cicero, Against Verres, II.64.165 (en Español, 2 Contra Verres).

3 Cicero, In Defence of Rabirius V.16.467 (en Español, Defensa de Rabirius).

4 «Le bon Dieu me pardonnera. C'est son Métier». Frase pronunciada por Heine en su lecho de muerte, y citado por James Denney en The Death of Christ (1902; Tyndale Press, 1951), p. 186.

5 Anselm, Cur Deus Homo i-xxi.

6 Carnegie Simpson, The Fact of Christ (Hodder & Stoughton, 1900), p. 109.

7 P. T. Forsyth, The Justifi cation of God (Duckworth, 1916), p. 32.

04. LA PARADOJA DE NUESTRA HUMANIDAD

Y Dios creó al ser humano a su imagen;
lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó.
Génesis 1:27

¿Por qué soy cristiano? No sólo porque el Cristianismo explica quién fue Jesús, y lo que consiguió en la cruz, sino porque también explica quién soy yo. En la Biblia se hace dos veces esta pregunta, y también se responde en cierta medida: «¿Qué es el hombre?» (Sal. 8:4; Job 7:17). Es decir, ¿Qué significa ser un ser humano? ¿Cuál es la esencia de nuestra humanidad?

Existen tres razones por las que esta pregunta es de enorme importancia –una razón personal, una política y una profesional–.

Primero, la personal. Preguntar «¿Qué es el hombre?», es otra forma de preguntar «¿Quién soy yo?». Nos permite responder tanto a la antigua fórmula griega gnōthi seauton («conócete a ti mismo»), como a la búsqueda moderna de nuestra propia identidad. No existe un campo de estudio e investigación más importante que éste. Mientras no nos conocemos a nosotros mismos, no podemos descubrir fácilmente ninguna otra cosa.

Se cuenta una historia de Artur Schopenhauer, el filósofo alemán del pesimismo del siglo XIX. Un día estaba sentado en un banco en un parque de Frankfurt. Se le veía andrajoso y desaliñado (¡tal como lo están a veces los filósofos occidentales!), por lo que el guarda del parque lo tomó por un vagabundo. Le preguntó bruscamente «¿Quién es usted?», a lo que el filósofo respondió amargamente «¡Ojalá lo supiera!».

Douglas Coupland se hace la misma pregunta hoy. Es el inventor de la popular expresión «Generación X» –en la que la «X» equivale a la identidad desconocida de la generación. «No tienen nombre –escribe– son una generación X».

Entonces, ¿Qué es lo que hace a los humanos… humanos?, se pregunta. «Sabemos cuál es el comportamiento de los perros: los perros hacen cosas típicamente caninas –persiguen palos… sacan la cabeza por las ventanas de los coches en marcha–». De modo que conocemos la esencia canina de los perros; pero «¿qué es exactamente lo que hacen los seres humanos que es específicamente humano?»[1].Y de nuevo, ¿cuál es el tú de ti mismo, es decir, el tú real?[2].

Se han dado muchas respuestas a esta pregunta, especialmente a la cuestión de en qué consiste la superioridad humana. Resulta interesante repasar algunas de las respuestas dadas. Aristóteles describió al ser humano como un animal político, Thomas Willis como un animal que se ríe, Benjamín Franklin como un animal que hace herramientas, Edmund Burke como un animal religioso, y James Boswell (el gourmet) como un animal que cocina.

Otros escritores se han centrado en algún rasgo físico como distintivo característico humano. Platón hizo su parte destacando la postura erecta humana. Mientras los animales miran para abajo, sólo los seres humanos miran hacia el cielo. Aristóteles añadió la peculiaridad de que sólo los seres humanos son incapaces de menear las orejas. Por su parte, un doctor que tenía por nombre Stuart se quedó muy impresionado con los intestinos, por sus «rodeos inacabables, giros y más giros». Más tarde, hacia el final del siglo XVIII, Uvedale Price prestó especial atención a nuestra nariz. «El hombre es, creo yo –escribió– el único animal que tiene una marcada proyección en el medio de la cara»[3].

Sin embargo, ninguna de estas descripciones de nuestras características distintivas nos proveen de un cuadro completo, ni tampoco penetran hasta la raíz del problema.

Pasemos ahora de lo personal a la importancia política de esta cuestión acerca de nuestra humanidad. El principal punto de conflicto entre las ideologías rivales de Marx y Jesús radica en la naturaleza de los seres humanos. «Las ideologías… son en realidad antropologías», escribió J. S. Whale; son diferentes doctrinas del hombre[4]. Es decir, ¿poseen los seres humanos un valor absoluto por el que deben ser respetados? o ¿es su valor únicamente relativo al Estado, razón por la cual deben ser explotados? O aún más sencillo, ¿son las personas siervas de las instituciones o es la institución servidora de las personas?

En tercer lugar está la cuestión de la importancia profesional. Las grandes profesiones (como, por ejemplo, en el ámbito de la Educación y el Derecho) y las así llamadas profesiones biosanitarias (por ejemplo, la Medicina, la Paramedicina y el Trabajo Social) están todas interesadas en el bienestar de los seres humanos (llámeseles pacientes, pupilos o clientes). Y cómo tratan a aquellos que sirven depende casi por entero de su forma de evaluarlos.

Una vez que hemos considerado la importancia de nuestra cuestión (personal, política y profesionalmente hablando), volvamos a la pregunta en sí. La crítica cristiana hacia mucha de la filosofía y las ideologías modernas es que, o bien son demasiado inocentes en su optimismo acerca de la condición humana, o demasiado negativas en su pesimismo, mientras que nosotros nos atrevemos a añadir que la Biblia es la única que mantiene el equilibrio.

Los humanistas seculares tienden a ser muy optimistas. Ciertamente, ellos afirman que el ser humano no es más que el producto de fuerzas evolutivas ciegas. Pero tienen una confianza ilimitada en lo que ellos consideran nuestro potencial evolutivo futuro, especialmente porque piensan que, un día, los seres humanos seremos capaces de tomar las riendas de nuestra propia historia y controlar nuestro propio destino. Pero eso es demasiado optimista. No tienen en cuenta lo que los cristianos llaman «el pecado original», que es un giro egocéntrico en nuestra naturaleza y que ha desbaratado una y otra vez los sueños de los reformadores sociales.

Por otra parte, los existencialistas ateos se van al extremo opuesto del pesimismo, llegando incluso a la desesperación. Debido a que no hay Dios, ya no existen los valores. Aunque debemos tener de algún modo la valentía de ser, nada tiene sentido y, en última instancia, todo es absurdo –cosa que al menos resulta lógica si Dios está muerto–. Mark Twain, el famoso genio americano, aunque vivió mucho antes del desarrollo del Existencialismo, con todo, supo expresar una especie de cinismo existencial cuando dijo: «Si se pudiera cruzar al hombre con el gato, eso mejoraría al hombre, ¡pero deterioraría al gato!»[5]. Pero esto es demasiado pesimista. No tiene en cuenta el amor, el gozo, la belleza, el heroísmo y el auto-sacrificio, que han venido adornando la historia humana.

Mi opinión es que sólo el Cristianismo auténtico evita ambos extremos, porque lo que necesitamos –para citar de nuevo a J. S. Whale– no es «ni el optimismo fácil de los humanistas, ni el oscuro pesimismo de los cínicos, sino el realismo

radical de la Biblia»[6], porque la Biblia preserva la paradoja, a saber, la gloria y la vergüenza de nuestra humanidad, nuestra dignidad y nuestra depravación.

La gloria

Ya desde el primer capítulo de la Biblia oímos las majestuosas palabras de Dios:

> Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza. Que tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo; sobre los animales domésticos, sobre los animales salvajes, y sobre todos los reptiles que se arrastran por el suelo.
>
> Y Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó. (Gn. 1:26-27)

Ha habido mucha discusión acerca del significado de la imagen divina en los seres humanos. Algunos eruditos enfatizan que, en las culturas de Egipto y Asiria, al rey o emperador se le consideraba «la imagen de Dios», quien le representaba en la tierra, y que tenían imágenes de sí mismos erigidas en sus provincias para simbolizar la extensión de su jurisdicción. En contraste, Dios ha dotado de responsabilidad real a los seres humanos, señalándoles para gobernar sobre la tierra y sus criaturas.

Sin embargo, en la narración sucesiva en la Biblia, resulta claro que lo que distingue a los humanos de los animales es la imagen divina, es decir, un grupo de cualidades humanas únicas.

En primer lugar, está nuestra capacidad para el pensamiento racional. Por supuesto, los animales también tienen cerebros, algunos más rudimentarios que otros. Pero carecen de «entendimiento» o inteligencia (Sal. 32:9), mientras que los seres humanos son capaces de pensar, razonar, discutir y debatir. Además, somos conscientes de nosotros mismos, es decir, tenemos la extraordinaria habilidad de hacer lo que estamos haciendo en este momento, a saber, salir de nosotros mismos para autoevaluarnos y hacernos preguntas acerca de nuestra identidad. Es cierto que, astronómicamente hablando, tal como un científico le dijo a otro, el hombre es extremadamente insignificante. Pero a eso, astronómicamente hablando, su colega le respondió que «¡El hombre es el

astrónomo!». Nos preguntamos sin cesar acerca del universo. Como dijo el arzobispo William Temple una vez, «Yo soy más grande que las estrellas, porque yo sé que ellas están ahí arriba, pero ellas no saben que yo estoy aquí abajo».

En segundo lugar está nuestra capacidad de hacer elecciones morales. Tenemos una conciencia que nos permite discernir entre lo bueno y lo malo y, además, contamos con un cierto grado de libertad para escoger entre ellos. Somos conscientes de la existencia de un orden moral que está fuera y por encima de nosotros, ante el que sabemos que debemos rendir cuenta, de modo que tenemos el deseo interior de hacer lo que creemos que está bien, y un profundo sentido de culpabilidad cuando hacemos lo que sabemos que está mal.

Pero los animales no poseen este sentido moral. Por ejemplo, puedes entrenar a tu perro (por medio de castigos repetitivos y recompensas) para obedecer tus órdenes y aprender que sólo le está permitido sentarse en una silla en el salón. Si al entrar en la habitación lo encuentras sentado en un sitio prohibido, huirá de ti de forma instintiva, no porque se siente culpable (por muy culpable que parezca) sino porque sabe que va a recibir un azote.

En tercer lugar está nuestra capacidad para la creación artística. Cuando Dios nos creó a su propia imagen, nos hizo creativos tal como Él es. Somos «criaturas creativas». Así, dibujamos, pintamos, construimos, esculpimos, soñamos, bailamos, escribimos poesía y componemos música. Los seres humanos son tanto imaginativos como innovadores. Sabemos apreciar lo que es hermoso para el ojo, el oído y el tacto.

En cuarto lugar está nuestra capacidad de relacionarnos socialmente. Por supuesto, todos los animales se aparean y reproducen, y cuidan de sus pequeños. Mientras algunos son gregarios (yendo en rebaños o en manadas), otros desarrollan estructuras sociales muy complejas (por ejemplo, las abejas, las avispas o las hormigas). Pero los seres humanos tienen hambre de auténticas relaciones humanas.¡El amor no es simplemente una alteración de las glándulas endocrinas! Todo el mundo sabe que el amor es lo más grande del mundo. Vivir es amar y, sin amor, el ser humano se desintegra y muere. Más aún, los cristianos saben por qué el amor es preeminente. Es porque Dios es amor en su ser más íntimo, de modo que cuando nos hizo a su imagen, nos dio la capacidad de amar y ser amados.

En quinto lugar está nuestra capacidad para la adoración humilde. Ha habido mucha discusión acerca del colapso del Euro-Marxismo y sus causas. Muchos piensan que se debe a su materialismo exacerbado. Porque el Materialismo no puede satisfacer al espíritu humano, ni en su forma comunista, ni en su forma capitalista. Sabemos, de forma instintiva, que existe una realidad trascendente por encima del orden material, y la gente lo busca por todas partes. La Nueva Era es quizá la evidencia más reciente de esta búsqueda. Los seres humanos no viven –de hecho no pueden vivir– únicamente basándose en pan, dijo Jesús citando el Antiguo Testamento (Mt. 4:4; Dt. 8:3) o, como escribió Dostoyevski, «el hombre tiene que arrodillarse ante lo infinitamente grande». Y cuando somos más humanos es cuando estamos adorando a Dios.

Así pues, aquí tenemos cinco capacidades humanas (pensar, escoger, crear, amar y adorar) que nos separan de los animales y cuyo conjunto constituye la imagen de Dios en nosotros. Con razón los poetas y los dramaturgos han celebrado la dignidad única de los seres humanos. Hamlet no estaba exagerando en absoluto cuando se dijo a sí mismo:

> ¡Qué obra maestra es el hombre!¡Qué noble en razón!¡Qué infinito en facultades!… en la acción ¡cuán semejante a un ángel!, en aprehensión, ¡cuán parecido a un dios!, ¡es la belleza del mundo!,¡el modelo de los animales![7]

¡Cuánto me gustaría poder terminar aquí este Capítulo, y poder seguir adelante con el siguiente tema, con una autoestima que brilla intacta! Pero existe otro lado más oscuro de nuestra humanidad, que desearíamos poder olvidar, pero que insiste en reafirmarse; un lado del que nos sentimos profundamente avergonzados aun en nuestros mejores momentos. Como dijo Mark Twain:

> El hombre es el único animal que se pone colorado. O que debería[8].

La vergüenza

Jesús mismo habló de esto. Ésta es quizá su afirmación más franca:

> Porque de adentro, del corazón humano, salen los malos pensamientos, la inmoralidad sexual, los robos, los homicidios, los adulterios, la avaricia, la maldad, el engaño, el libertinaje, la envidia, la calumnia, la arrogancia y la

necedad. Todos estos males vienen de adentro y contaminan a la persona (Mr. 7:21-23).

De modo que Jesús no enseñó la bondad intrínseca de la naturaleza humana; por el contrario, insistió en nuestra capacidad innata humana para el mal. En realidad, en este pasaje hay cuatro aspectos de la maldad humana que deberían llamar nuestra atención.

En primer lugar, la extensión del mal es universal. Notemos que Jesús no estaba describiendo al segmento criminal de la sociedad, o alguna tribu particularmente degradada. No, estaba hablando con esas personas religiosas y justas llamadas «fariseos» e hizo una afirmación general acerca de la raza humana, a saber, que de dentro del corazón humano (de cada hombre, mujer y niño) salen cosas malas.

En segundo lugar, la esencia del mal es el egocentrismo. Ya hemos notado esto. Ahora Jesús da una lista de trece «males» y, cuando los estudiamos, nos damos cuenta de que todas son manifestaciones del egocentrismo humano. Son los pensamientos, palabras y hechos de los que nos hacemos culpables cuando dejamos de poner a Dios primero, después a nuestros semejantes y, por último, a nosotros mismos. Una vez cogí el Shorter Oxford English Dictionary y busqué las palabras compuestas con la partícula «auto» –palabras como autoafirmación, autoindulgencia, autoaplauso, autobombo, autogratificación, autoglorificación, autocompasión, autoafirmación a ultranza–. Existen más de cincuenta palabras «auto-» con significado peyorativo. Evidentemente necesitamos esta riqueza de vocabulario para expresar nuestro egocentrismo multifacético.

En tercer lugar, el origen del mal es el corazón humano. Como se ha dicho a menudo, «el corazón del problema humano es el problema del corazón humano». Los fariseos, con los cuales estaba debatiendo Jesús, tenían una visión externa y ceremonial de la pureza y la impureza. Estaban preocupados por los lavamientos de las manos y los vasos, y por evitar comer de algunos alimentos. Pero Jesús hacía hincapié no en lo externo sino en lo interno. Lo que nos contamina no es lo que entra en nosotros (en nuestro estómago) sino lo que sale de nosotros (de nuestro corazón).

Uno casi podría decir que Jesús nos estaba presentando el Freudianismo siglos antes de Freud. Porque lo que Jesús llamaba «el corazón» es prácticamente el

equivalente de lo que Freud llamaba «el subconsciente». Es como un pozo muy hondo. Normalmente, el grueso depósito de fango en el fondo no se ve ni se sospecha siquiera. Pero, cuando los vientos de la emoción violenta azotan las aguas del pozo, emerge desde las profundidades la porquería más horrible y hedionda hasta llegar a la superficie –ira, malicia, lujuria, odio, crueldad, venganza– y nos quedamos horrorizados al ver las maldades de las que nuestros corazones son capaces.

En cuarto lugar, el resultado del mal es que nos corrompe, es decir, nos hace inmundos a los ojos de Dios e indignos de su presencia. Todos aquellos que han visto por un instante la santidad de Dios no han podido soportar la visión, como Moisés en la zarza ardiente, el cual «se cubrió el rostro pues tuvo miedo de mirar a Dios» (Ex. 3:6).

Ésta es, pues, la vergüenza de nuestra humanidad. El mal humano es universal en su extensión, de naturaleza egocéntrica, interno en su origen y de efecto corruptor. Éste no es únicamente el diagnóstico del (discutible) mayor maestro ético en la historia, sino que es también verdad de acuerdo con nuestra propia experiencia. Desde luego es verdad en la mía.

La paradoja

Ahora ya somos capaces de reconciliar la gloria y la vergüenza, la dignidad y la depravación de nuestra humanidad. Porque los seres humanos son una extraña y trágica paradoja. Somos capaces tanto de la nobleza más alta como de la crueldad más baja. Somos capaces de comportarnos en un momento como Dios, en cuya imagen hemos sido hechos, y un momento después como las bestias, de quienes desde un principio se suponía que debíamos distinguirnos. Podemos pensar, escoger, crear, amar y adorar; pero también somos capaces de odiar, codiciar, luchar y matar. Los seres humanos son los inventores de los hospitales para el cuidado de los enfermos, de las universidades para la adquisición de sabiduría, y de las iglesias para adorar a Dios. Pero también han inventado las cámaras de tortura, los campos de concentración y los arsenales nucleares.

Ésta es la paradoja de nuestra humanidad. Somos a un tiempo nobles e innobles, racionales e irracionales, morales e inmorales, creativos y destructivos, amantes y egoístas, semejantes a Dios y, a la vez, a las bestias.

No conozco una afirmación más elocuente de la paradoja humana que la que dio hace ya muchos años el obispo Richard Holloway:

> Este es mi dilema… soy polvo y cenizas, frágil y rebelde, un abanico de respuestas de comportamiento predeterminado… plagado de miedos, lleno de necesidades… la quintaesencia del polvo y al polvo he de volver… pero hay algo más en mí… Puede que sea polvo, pero polvo preocupado, polvo que sueña, polvo que tiene extrañas premoniciones de transfiguración, de una gloria en espera, un destino preparado, una herencia que algún día ha de ser mía… De modo que mi vida se debate en dolorosa dialéctica entre cenizas y gloria, entre debilidad y transfiguración. Soy un misterio para mí mismo, un dilema exasperante… esa extraña dualidad de polvo y gloria.[9]

La paradoja de nuestra humanidad tiene un número de consecuencias prácticas, especialmente políticas, psicológicas y personales.

Políticamente, la paradoja humana o ambigüedad hace que la democracia sea la mejor forma de gobierno desarrollada hasta ahora. Porque, idealmente, la democracia reconoce tanto la dignidad como la depravación del ser humano. Por un lado, reconoce nuestra dignidad humana, porque se niega a empujar de aquí para allá a la gente o a gobernarnos sin nuestro consentimiento. En lugar de eso nos da parte en un proceso de toma de decisiones. Nos trata con respeto como adultos respetables.

Por otro lado, la democracia también reconoce nuestra depravación humana, porque se niega a concentrar el poder en manos de unos pocos, sabiendo que no es seguro hacerlo. De modo que en la esencia de la democracia está el dispersar el poder para proteger así a los gobernantes de sí mismos. Tal como dijo Reinhold Niebuhr:

> La capacidad del hombre para hacer justicia hace que la democracia sea posible; pero la inclinación del hombre hacia la injusticia hace que la democracia sea necesaria.[10]

En segundo lugar, entramos en las consecuencias psicológicas de la paradoja humana. Todos sabemos de la importancia que tiene para nuestra salud mental tener una imagen equilibrada de nosotros mismos. Algunas personas tienen graves sentimientos de inferioridad y una imagen de sí mismos muy pobre.

Otros se van al extremo opuesto. Carl Rogers, por ejemplo, el fundador americano de la «Psicoterapia centrada en el cliente» llegó a creer que la esencia de nuestra personalidad humana es positiva y que, por lo tanto, debemos desarrollar «una visión de nosotros mismos incondicionalmente positiva»[11]. Esta clase de pensamiento florece en el movimiento de auto-realización que se ha extendido entre muchos cristianos, que afirman que debemos amar a Dios, a nuestro prójimo y a nosotros mismos. Pero esto significa que tenemos que amar a nuestro prójimo como de hecho, siendo seres caídos, nos amamos a nosotros mismos. No es una exhortación a amarnos a nosotros mismos, como queda claro en tres argumentos. Primero, Jesús habló del primer y segundo mandamiento, pero no mencionó un tercero. Segundo, el amor a uno mismo es la misma esencia del pecado (2 Ti. 3:2). En tercer lugar, el amor que debe caracterizar nuestras vidas es el amor agapē, que incluye tanto sacrificio como servicio y, por ello, no puede orientarse hacia nosotros mismos. ¿Cómo podemos sacrificarnos a nosotros mismos para servirnos a nosotros mismos?

¿Cuál es, entonces, una visión equilibrada de uno mismo? Si no tenemos que odiarnos ni que amarnos a nosotros mismos, ¿cómo debemos tratarnos a nosotros mismos? Es aquí donde entra la paradoja humana. Debemos recordar que los seres humanos son el resultado tanto de la creación como de la caída. Por lo tanto, debemos afirmar con gratitud todo aquello en nosotros que se pueda atribuir a nuestra creación a la imagen de Dios, mientras que debemos repudiar o negar todo aquello que en nosotros sea atribuible a la caída. De modo que somos llamados tanto a la autoafirmación como a la autonegación, y necesitamos discernimiento para distinguir qué es lo apropiado y cuándo.

La tercera consecuencia de la paradoja humana es personal. Ya hemos visto que Jesús describe la maldad como algo que sale de nuestro corazón y que nos corrompe. De ahí que resulte claro que tenemos una doble necesidad: por un lado necesitamos limpiarnos de la corrupción y, por otro lado, nos hace falta un nuevo corazón con nuevas aspiraciones y deseos. Y para mí resulta verdaderamente fantástico que el evangelio nos ofrezca ambas cosas. Porque Cristo murió para limpiarnos, y puede hacernos nuevos por la obra interna del Espíritu Santo. Esta es la aplicación lógica del evangelio en respuesta a la paradoja de nuestra humanidad; y es la cuarta razón por la que yo soy cristiano.

Notas:

1 Douglas Coupland, Life after God (Touchstone, 1994), p. 9.

2 Ibid., p. 304.

3 Keith Thomas, Man and the Natural World: Changing Attitudes in England 1500-1800 (1983; Penguin, 1984), pp. 31-32, 37-39, 43, 166, 172.

4 J. S. Whale, Christian Doctrine (1941; Fontana, 1957), p. 33.

5 De Mark Twain's Notebook (1894).

6 J. S. Whale, op. cit., p. 41.

7 William Shakespeare, Hamlet, Acto II, escena 2.

8 Mark Twain, título del capítulo 28 de More Tramps Abroad (Chatto & Windus, 1897).

9 Richard Holloway. Extracto de un discurso que dio en la Catholic Renewal Conference en Loughborough en Abril de 1978.

10 Reinhold Niebuhr, The Children of Light and the Children of Darkness: A Vindication of Democracy and a Critique of its Traditional Defenders (Nisbet, 1945), p. vi.

11 Carl R. Rogers, On Becoming a Person (Constable, 1961), p. 87 y otras partes.

05. LA LLAVE A LA LIBERTAD

Así que si el Hijo os libera seréis verdaderamente libres.
Juan 8:36

La quinta razón de por qué soy cristiano es que he encontrado que Jesucristo es la llave a la libertad.

Mucha gente está preocupada buscando libertad. Para algunos es libertad nacional, emancipación de un yugo colonial o neo-colonial. Para otros se trata de libertad civil, derechos y libertades civiles. Para otros es libertad económica, liberarse de la pobreza, el hambre y el desempleo. En cualquier caso, para todos nosotros se trata de libertad personal. Porque incluso aquellos que luchan más vigorosamente por esas otras libertades, en el fondo saben que ellos mismos no son libres. Se sienten frustrados, insatisfechos y atrapados. Una vez preguntaron a John Fowles, el célebre novelista inglés, si existía algún tema especial en sus libros. «Sí –respondió–. La libertad. Cómo conseguir la libertad. Eso me obsesiona. Todos mis libros tratan de eso»[1].

Y «libertad» es una gran palabra cristiana. El Nuevo Testamento retrata a Jesucristo como el libertador supremo del mundo. Él había venido, decía, «a proclamar libertad a los cautivos» (Lc. 4:18), y añadió más tarde que «si el Hijo os libera, seréis verdaderamente libres» (Jn. 8:36). De modo similar, el apóstol Pablo escribió, «Cristo nos libertó para que vivamos en libertad» (Gá. 5:1).

Ahora bien, «libertad» es una buena actualización de la palabra «salvación». «Ser salvado» por Jesucristo significa «ser hecho libre». Sin embargo, deja caer la palabra «salvación» en medio de una conversación y se producirán vibraciones de todas clases. Algunos reaccionan avergonzándose y cambian de tema lo antes posible. Otros reaccionan con aburrimiento. Más que ponerse colorados, estos últimos bostezan, porque para ellos términos como «pecado» y «salvación» pertenecen a un vocabulario religioso tradicional que ha quedado obsoleto y carente de significado. Un tercer grupo se siente confundido, porque no tienen ni idea de cómo definir el término «salvación». Sin embargo, habla de «libertad»

y lograrás que crezca inmediatamente el interés de la gente.

Hay una historia magnífica de antaño que cuenta acerca de B. F. Westcott, un erudito del Nuevo Testamento muy distinguido, que fue durante algunos años Catedrático Regio de Divinidad en la Universidad de Cambridge y que, en 1890, se convirtió en Obispo de Durham. Se dice que mientras viajaba hacia algún lugar en autobús empezó a acosarle una chica del Ejército de Salvación. Sin dejarse intimidar por su polaina de Señoría (¡que los obispos solían llevar en aquellos días!), la muchacha le preguntó si era salvo. Con un guiño de ojo el obispo le respondió: «Bueno, querida mía, depende de lo que quieras decir. ¿Quieres decir sōzomenos o sesōsmenos o sōthēsomenos?» –utilizando el tiempo presente, pasado y futuro del verbo griego sōzō, «salvar»–.

Mi esperanza es no avergonzar, aburrir o confundir a nadie con este Capítulo, sino más bien que podamos reclamar y reinstaurar esta palabra grande y gloriosa, «salvación»; porque es una palabra bíblica (no podemos echarla simplemente por la borda) y, por cierto, magnífica (incluye todo el propósito de Dios). Entonces seremos capaces de decir, tal como Pablo escribió: «No me avergüenzo del evangelio, pues es poder de Dios para la salvación de todos los que creen» (Ro. 1:16).

Recuerdo perfectamente –siendo un cristiano recién convertido– cómo me enseñaron este versículo y me introdujeron a lo que se denomina «los tres tiempos de la salvación». Son algo así:

Primero, he sido salvado (o liberado) en el pasado de la paga del pecado por un Salvador crucificado.

Segundo, estoy siendo salvado (o liberado) en el presente del poder del pecado por un Salvador que está vivo.

Y, en tercer lugar, seré salvado (o liberado) en el futuro de la presencia del pecado por un Salvador que viene.

Es una estructura muy simple que encapsula lo que la Biblia quiere decir con «salvación»; y nos permite preguntarnos, cada vez que aparece la palabra, cuál es el tiempo al que se refiere: pasado, presente o futuro. El hecho de que hemos sido salvados nos libera de la culpa y del juicio de Dios. El hecho de que estamos

siendo salvados nos libera de la atadura de nuestro propio egocentrismo. Y el hecho de que vamos a ser salvados nos libera de todo temor respecto al futuro.

Libertad «de»

En primer lugar, pues, salvación significa liberación de la culpa y del juicio de Dios. Porque no sólo somos pecadores, sino pecadores culpables y nuestra conciencia así nos lo dice. Más aún, nuestro pecado provoca la ira de Dios y nos coloca bajo su justo juicio. Este lenguaje no está de moda hoy en día, pero ello se debe principalmente a que se entiende mal. La ira de Dios nunca ha querido decir que Dios es malicioso, que tiene mal carácter o que es vengativo, sino más bien que odia el mal y se niega a transigir con él.

Deberíamos sentirnos agradecidos que hoy en día exista una reacción considerable en contra de las enseñanzas de Freud que afirman que los sentimientos de culpa son patológicos, síntomas de enfermedad mental. De hecho algunos son ciertamente patológicos, especialmente en algunos casos de enfermedades depresivas. Pero muchos –quizá la mayoría– no lo son. No toda la culpa es falsa culpa. Un buen número de psicólogos y psiquiatras están diciendo ahora –incluso sin reconocerse a sí mismos como cristianos– que tenemos que tomarnos nuestras responsabilidades en serio. Entonces (si no logramos hacerlo) nuestra culpa y nuestra necesidad de perdón permanecen.

Nadie es libre si no ha sido perdonado. Si yo no estuviera seguro del perdón de Dios, no te podría mirar a la cara, y mucho menos mirarle a Dios a la cara. Querría huir y esconderme, tal como Adán y Eva hicieron en el Jardín del Edén. Porque fue en el Edén, no en Watergate, donde se inventó por primera vez el mecanismo llamado «tapadera».Yo no sería libre. Sin embargo, todos anhelamos la libertad que trae el perdón. Poco antes de morir en 1988, en un momento de candor sorprendente en televisión, Margarita Laski, una de las novelistas y ateas más importantes en Inglaterra, dejó escapar: «Lo que más os envidio a los cristianos es vuestro perdón; yo no tengo a nadie para perdonarme». «Pero –como dijo David en el Salmo 130:4– en ti hay perdón». La única manera en que podemos ser liberados de la culpa y el juicio es a través de Jesucristo. Porque cuando Él entró en nuestro mundo, se hizo uno de nosotros, asumiendo nuestra naturaleza, y en la cruz se identificó con nuestro pecado y nuestra culpa. Con amor absolutamente sacrificial pagó el precio por nuestros pecados. Nosotros

merecemos morir –pero Él sufrió nuestra muerte en nuestro lugar–. En la horrible oscuridad de la cruz gustó incluso los horrores del infierno, a fin de que nosotros pudiéramos ir al cielo. Hace falta tener un corazón duro como una piedra para no sentirse conmovido por un amor tan sorprendente.

En segundo lugar, salvación significa libertad de la atadura de nuestro egocentrismo que nos pone trabas. Todavía recuerdo qué revelador fue para mí, siendo joven, entender (principalmente a través de las enseñanzas del arzobispo William Temple) que el pecado es el ego, y que salvación es librarse de uno mismo. El pecado es la afirmación rebelde de mi «yo» en contra del amor y la autoridad de Dios, y contra el bienestar de mi prójimo. El mandamiento de Dios es que le pongamos a Él primero, a nuestro prójimo después y, por último, a nosotros mismos. El pecado es exactamente lo contrario de ese orden –primero yo, luego mi prójimo (cuando me conviene), y Dios en algún lugar (si es que cabe) en el trasfondo–.

La definición favorita de Lutero de un pecador era homo in se incurvatus, «un hombre encorvado hacia sí mismo» y, en nuestros días, Malcolm Muggeridge ha hablado con frecuencia del «oscuro y pequeño calabozo de mi propio ego». Porque Jesús una vez dijo a algunos creyentes judíos: «Ciertamente os aseguro que todo aquel que peca es esclavo del pecado» (Jn. 8:34).

Los cristianos creen que sólo hay un medio de liberarse de esta prisión o esclavitud, y es a través de Jesucristo. Él no sólo murió sino que fue levantado de los muertos y ahora vive «en el poder de su resurrección» (ver Ef. 1:19-20; Ro. 8:11). Porque ese Jesús vivo puede entrar en nuestra personalidad por medio de su Espíritu, establecerse allí como inquilino permanente y subyugar nuestros deseos pecaminosos y transformarnos en su propia semejanza de un grado de gloria a otro (2 Co. 3:18). Por supuesto que no estoy diciendo que he sido liberado completamente de todo egocentrismo, pero sí reivindico un cambio substancial del «yo» al «no-yo». Y debemos estar deseosos de ello. Durante una misión en una universidad canadiense, hace algunos años, me encontré a mí mismo hablándole a un joven conferenciante. Estaba intentando explicarle que, si aceptaba a Jesucristo, tendría que ponerle en el centro de su vida y él pasar a estar en el extrarradio. «¡Caramba! –exclamó– ¡Sospecho que soy bastante reacio a esta descentralización!».

En tercer lugar, salvación es libertad de nuestros miedos que nos agobian.

Aquellos que vivían en el mundo antiguo estaban paralizados a causa del temor. Ellos creían que ciertos «poderes» dominaban sus vidas y sus destinos. Del mismo modo, hoy en día mucha gente se siente invadida por el temor. Existen algunos temores que siempre han atormentado a la raza humana: el temor a la enfermedad, al dolor, a la incapacidad y a la discapacidad, al desempleo, al poco éxito en los negocios y a la muerte. Y después hay poderes ocultos, los principados y las potestades de las tinieblas, a los que es sano tener temor. También existen temores irracionales y supersticiosos. Gente culta en Europa todavía cruza los dedos o toca madera. En África Occidental, llevan jujus (amuletos). Y en Norteamérica se niegan a dormir en el decimotercer piso de un hotel, ¡aparentemente inconscientes del hecho de que seguirá siendo la decimotercera planta aunque se llame decimocuarta! La educación y la superstición no parecen excluirse mutuamente. Y en cuanto a los británicos, una Encuesta de Opinión Nacional reciente revela que leen su horóscopo semanalmente el doble de personas que las que leen la Biblia.

Quisiera hacer una mención especial y destacar el temor a la muerte. Uno de los escritores del Nuevo Testamento se refiere a «los que por temor a la muerte estaban sometidos a la esclavitud durante toda la vida», pero que ahora han sido liberados (He. 2:15). Si este autor se estuviera dirigiendo a nuestra sociedad contemporánea, no le haría falta cambiar ni una sola palabra. Aparte de Jesucristo, el temor a la muerte y a la disolución se extiende por doquier. Para nosotros, en Occidente, Woddy Allen tipifica ese terror. Se ha convertido en una obsesión para él. Sí, es cierto que todavía es capaz de bromear sobre ello. «No se trata de que me dé miedo morir –dice con una ocurrencia que se ha hecho famosa– es sólo que no quiero estar presente cuando suceda»[2]. Pero, por encima de todo, le infunde terror. En un artículo de 1977, en Esquire, escribió:

> La cosa fundamental detrás de toda motivación y toda actividad es la lucha constante contra la aniquilación y contra la muerte. Es absolutamente pasmosa en su terror y convierte en insignificantes los logros de cualquiera[3].

Bertrand Russell quiso hacerse el valiente en su estoicismo, pero parece que no encontró base para hacerlo: «Creo que cuando me muera me pudriré, y nada de mi ego sobrevivirá.»[4] Y de nuevo afirmó su convicción de que...

> Ningún fuego, ningún heroísmo, ninguna intensidad de pensamiento y sentimiento, puede preservar una vida individual más allá de la tumba; que

> todos los trabajos de todas las épocas, toda la devoción, toda la inspiración, todo el genio humano que brilla cual la mañana, todo, está destinado a la destrucción en la vasta muerte del sistema solar, y que el gran templo del éxito humano debe ser enterrado sin remedio bajo los escombros de un universo en ruinas.[5]

Si repasamos todos estos temores humanos, ninguno parece tan grande como esta amenaza última de extinción personal y cósmica, ya sea en forma nuclear, ecológica o cualquiera otra desconocida. Una cosa sí es segura: nadie que tiene miedo es libre. Y Jesucristo tiene en su mano la llave a la libertad, porque Él murió para liberarnos de la culpa, resucitó para liberarnos del yo y fue exaltado para librarnos del temor. ¿Dónde están, pues, las cosas que tememos? Dios las ha sometido bajo el poder de Jesucristo (véase Ef. 1:20-22). Una vez que las hemos visto allí, pierden su poder para atemorizar. Su hechizo se ha roto. He aprendido que los temores son como los hongos; donde crecen más deprisa es en la oscuridad. Por tanto, necesitamos sacarlos a la luz, especialmente a la luz de la victoria suprema de Jesucristo –su muerte, resurrección y exaltación–.

A los cristianos se nos ha dado una preciosa confianza acerca del futuro, porque nuestra «esperanza» cristiana (que es una expectativa segura) es tanto individual como cósmica. Individualmente, se nos promete cuerpos resucitados como el de Cristo después de su resurrección y que tendrán nuevos e inimaginables poderes. Con todo, nuestra esperanza para el futuro será cósmica también. Creemos que Jesucristo va a regresar en un suceso cósmico de una magnificencia espectacular. No sólo resucitará a los muertos sino que también regenerará el universo; hará todas las cosas nuevas. Toda la creación va a ser liberada de su atadura que la aboca a la decadencia y la muerte. Los gemidos de la naturaleza son los dolores de parto que auguran el nacimiento de una nueva tierra. Va a haber un nuevo cielo y una nueva tierra, donde morará la justicia, el gozo, la paz y el amor (véase Ro. 8:18-25; 2 P. 3:13).

Por tanto, la esperanza viva del Nuevo Testamento es una expectativa «material», tanto para el individuo como para el cosmos. Al creyente como individuo no sólo se le promete sobrevivir, o solo inmortalidad, sino un cuerpo resucitado, transformado. Y el destino del cosmos no es un «cielo» etéreo, sino un universo creado de nuevo. Y la resurrección de Jesús es la base para ambas expectativas.

Libertad «para»

Ya hemos visto de qué nos ha librado Cristo (el aspecto negativo de la libertad). Pero siempre que pensemos en la libertad, es importante pensar también en para qué somos liberados (el aspecto positivo).

Déjame ahora que desarrolle esta tesis: que la verdadera libertad es la que nos permite ser nosotros mismos, tal como Dios nos hizo y quiso que fuéramos. Empecemos con Dios. Dios es el único ser que disfruta de perfecta libertad. Podrías argüir que esta libertad no es perfecta. Ciertamente no es absoluta en el sentido de que no es libre para hacer absolutamente cualquier cosa, sea lo que sea. Hay varias cosas que la Biblia misma nos dice que Dios no «puede» hacer. No puede mentir. No puede pecar. No puede tentar ni ser tentado. De modo que su libertad no es absoluta, pero sí es perfecta, porque Él es libre para hacer cualquier cosa que desee hacer. Todas las cosas que Dios no puede hacer entran bajo la regla general de que Él no puede negarse o contradecirse a sí mismo (2 Ti. 2:13). Él es siempre enteramente Él. No hay nada arbitrario, nada caprichoso, nada impulsivo en Dios. Él es siempre el mismo. Nunca cambia. Él es siempre constante e inamovible. Y encuentra su libertad en ser precisamente como es, Dios. Si se contradijera a sí mismo, se autodestruiría y dejaría por tanto de ser Dios. No obstante, Él sigue siendo Él mismo y nunca se desvía de lo que es. ¿Cómo sería el universo si Dios se desviara por un momento y dejara de ser quien es?

Ahora pasemos de Dios el Creador a todas sus criaturas, y encontraremos que sigue operante el mismo principio. La libertad absoluta, ilimitada, es una ilusión, un imposible. La libertad de cada criatura está limitada por su propia naturaleza creada. Cojamos como ejemplo obvio el del pez. Dios creó al pez para nadar y desarrollarse en el agua. Sus agallas están adaptadas para absorber el oxígeno del agua. Los peces encuentran su libertad en ser ellos mismos dentro del elemento en el que un pez halla su quintaesencia, su identidad, su libertad. Cuidado, el agua impone una limitación sobre el pez, pero en esa limitación hay libertad. Su libertad consiste en ser él mismo dentro de los límites que su Creador ha impuesto sobre él. Supongamos que tienes en casa una de esas antiguas peceras esféricas victorianas para pececitos de colores. Y supongamos que tu pececito de colores nada una y otra vez alrededor de su bendita pecera hasta que su frustración resulta intolerable, y decide hacer un intento para conseguir la

libertad saltando fuera de la pecera. Si de alguna manera lograra aterrizar en un estanque en tu jardín, aumentaría su libertad. Aún está en el agua, pero hay más agua donde nadar. Pero si en lugar de ello aterrizara en el cemento o en una alfombra, su intento para conseguir libertad significaría su muerte. Los peces sólo pueden encontrar su libertad dentro del elemento para el cual fueron creados.

Llegamos ahora al ser humano. Si los peces fueron hechos para el agua, ¿para qué fueron hechos los seres humanos? La respuesta bíblica sin duda es que si los peces fueron hechos para el agua, los seres humanos fueron hechos para el amor, para amar a Dios y para amar a nuestro prójimo. El amor es el elemento en el que los humanos encuentran esa humanidad que los distingue. Como escribió Robert Southwell, el poeta católico romano del siglo XVI, «no cuando respiro, sino cuando amo, es que vivo»[6]. Se estaba haciendo eco conscientemente del epigrama de Agustín, que el alma vive cuando ama, no cuando existe. Y, en realidad, la existencia humana es imposible sin amor.

Esto nos lleva a una paradoja humana sorprendente. Permíteme que la exprese simplemente así: la verdadera libertad es la libertad para ser verdaderamente yo, tal como Dios me hizo y quiso que fuera. Pero Dios me hizo para amar, y amar es dar, darse a uno mismo. Por tanto, para llegar a ser yo mismo, tengo que negarme a mí mismo, y darme en amor a Dios y a los demás. Para ser verdaderamente libre, tengo que servir. Para vivir, tengo que morir a mi yo egoísta. Para encontrarme a mí mismo, tengo que perderme en amor. He leído en alguna parte que Miguel Ángel lo expresó bellamente con estas palabras: «Cuando soy tuyo, es entonces cuando soy realmente yo». Porque no soy yo mismo hasta que soy tuyo (de Dios y de otros).

De modo que la libertad es exactamente lo opuesto de lo que la mayoría de la gente cree. Recuerdo a un estudiante finlandés en la Universidad de Helsinki, que me dijo: «Si tan sólo pudiera ser libre de la responsabilidad hacia Dios y hacia las demás personas, entonces podría vivir para mí mismo. Entonces sería libre». Pero la verdadera libertad es lo opuesto. Es la liberación de la preocupación por mi pequeño y estúpido yo a fin de ser libre para amar a Dios y a mi prójimo.

Jesús mismo enseñó esta paradoja fundamental acerca de la libertad. De acuerdo con la NVI, Él dijo: «Porque el que quiera salvar su vida, la perderá;

pero el que pierda su vida por mi causa y por el evangelio, la salvará» (Mr. 8:35). Yo solía pensar que se estaba refiriendo a los mártires y a la salvación o perdición literal de vidas. Pero el sustantivo griego que la NVI traduce «vida» es psychē que, en muchos contextos, como mejor se interpreta es como «uno mismo». O puede ocupar el lugar de un simple pronombre reflexivo, «a ti mismo». En español moderno uno podría traducir el epigrama de Jesús como sigue:

> «Si insistes en aferrarte a ti mismo y vivir para ti mismo, y te niegas a dejarte ir a ti mismo, te perderás a ti mismo. Pero si estas preparado para perderte a ti mismo, a fin de darte a ti mismo en amor a Dios y a tus semejantes, entonces, en ese momento de total abandono, cuando crees que lo has perdido todo, sucede el milagro y te encuentras a ti mismo».

Cristo es la llave a la libertad, y esa es la quinta razón por la que soy cristiano.

Notas:

1 John Fowles, The Magus (1966; edición revisada Triad Panther, 1977), p. 10.

2 Graham McCann, Woddy Allen, New Yorker (Polity, 1990), pp. 43, 84.

3 Ibid., pp. 43, 83

4 Bertrand Russell, ed. Paul Edwards, Why I Am Not a Christian (George Allen & Unwin, 1957), p. 47.

5 Bertrand Russell, A Free Man's Worship (1902; University Paperbacks, 1976), pp. 10-17.

6 De «I Dye alive», por Robert Southwell, en D. H. S. Nicholson y A. H. E. Lee (eds.), The Oxford Book of English Mystical Verse (Clarendon, 1917), p. 236.

06. EL CUMPLIMIENTO DE NUESTRAS ASPIRACIONES

«Yo he venido para que tengan vida,
y la tengan en abundancia».
Juan 10:10

La sexta razón por la cual soy cristiano es muy fácil de exponer. Se trata de lo siguiente: todos los seres humanos tienen un número de aspiraciones y deseos básicos, los cuales –estoy convencido– sólo Jesús puede llevar a cabo. Esto no es una mera teoría; es una afirmación validada por millones de cristianos, entre los cuales creo y espero poder incluirme yo mismo. Hay un hambre en el corazón humano que nadie excepto Cristo puede satisfacer. Hay una sed que nadie sino Él puede calmar. Existe un vacío interior que sólo Él puede llenar. Como escribió Agustín al principio de sus Confesiones, «Tú nos has hecho para ti, y nuestro corazón no puede descansar a menos que lo haga en ti»[1].

Pero, al ponernos a investigar esta afirmación, es probable que enseguida surjan dos objeciones. La primera es que Jesucristo es evidentemente una muleta. «Está bien – dice la gente– para perros cojos que necesitan que les echen una mano, pero para personas perfectamente válidas y mentalmente fuertes, que se pueden manejar por sí solas, eso es algo completamente superfluo».

Empiezo mi respuesta diciendo que estoy de acuerdo con la crítica. Jesucristo es sin duda una muleta para los cojos, que nos ayuda a caminar derechos, del mismo modo que Él es medicina para los enfermos espirituales, pan para los hambrientos y agua para los sedientos. No negamos esto en absoluto; es completamente cierto. Sin embargo, todos los seres humanos están cojos, enfermos, hambrientos y sedientos. La única diferencia entre nosotros no es que unos estemos necesitados y otros no lo estén; sino más bien que algunos lo sabemos y reconocemos nuestra necesidad, mientras que otros no lo hacen, ya sea por ignorancia o por orgullo.

La segunda objeción que suele presentarse es que Jesucristo es evidentemente producto de nuestra imaginación. Algunas personas lo ven así: «La creencia de que Jesucristo satisface nuestras necesidades humanas ya demuestra por dónde van los tiros. Él no es más que un producto de la imaginación. Te sientes rechazado y despreciado; así que creas la figura de tu propio Padre celestial. Te sientes espiritualmente hambriento, de modo que inventas a Jesucristo como el pan de vida».

Mi respuesta a esta segunda objeción es que es un argumento carente de lógica. ¿Acaso sospechamos de la comida por el simple hecho de que ésta satisfaga nuestra hambre física? ¿O es que el hecho de que el amor despierte en nosotros un sentimiento de bienestar debe levantar sospechas respecto de ese amor? Entonces, ¿por qué el hecho de que Cristo cumpla nuestras aspiraciones humanas nos tiene que hacer dudar de Cristo? No, la correspondencia entre nuestras aspiraciones y su cumplimiento en Cristo no se debe a las fantasías de nuestra propia imaginación, sino a la realidad que Dios ha establecido. Como de costumbre, C. S. Lewis lo expresó con enorme claridad:

> Nuestra nostalgia de por vida, nuestro anhelo de reunirnos con un algo en el universo del cual ahora mismo nos sentimos separados, nuestro deseo de estar en el lado de dentro de una puerta que siempre hemos visto desde afuera: éstas no son ilusiones neuróticas, sino el más claro indicio de nuestra verdadera situación.[2]

Ahora que ya hemos considerado las dos objeciones más habituales que la gente presenta ante nuestra afirmación de que Cristo satisface nuestras aspiraciones humanas, ya estamos listos para analizar con algo más de profundidad la afirmación misma. Y esto nos lleva al segundo capítulo de la carta de Pablo a los Colosenses: «Toda la plenitud de la divinidad habita en forma corporal en Cristo» (v. 9); «y en él, [...] vosotros habéis recibido esa plenitud» (v. 10). En estas dos afirmaciones asombrosas (la primera acerca de Cristo, y la segunda sobre nosotros) encontramos elementos comunes como la palabra «plenitud» y la expresión «en Cristo». En Cristo mora la plenitud de Dios de forma permanente, y en Cristo (unidos a Él) nosotros mismos hemos alcanzado plenitud de vida. Todo lo que es esencialmente divino lo encontramos en Cristo, y todo lo que es esencialmente humano estará en nosotros si nosotros estamos en Cristo. Por tanto, ser cristiano no es ser un bicho raro, condenado a la excentricidad perpetua; más bien se trata de ser verdadera y plenamente

humano, haber logrado la «plenitud». Y a la inversa: rechazar a Cristo es convertirse en cierto modo en infrahumano, ya que al hacerlo estaremos perdiendo experiencias indispensables para disfrutar de auténtica humanidad.

La búsqueda de trascendencia

Hasta hace relativamente poco tiempo, la palabra «trascendencia» ha sido una palabra un tanto pedante, poco usada, mal entendida y, en general, restringida a las instituciones de formación teológica, que distinguen entre «trascendencia» (que significa «Dios por encima de nosotros») e «inmanencia» (que significa «Dios con y en medio de nosotros»). Sin embargo, hoy en día –y principalmente debido a la moda de la meditación trascendental– todo el mundo tiene alguna idea de lo que significa trascendencia. La búsqueda de trascendencia es la búsqueda de una realidad que está por encima y más allá del orden material. Nace de la convicción de que la realidad no se puede confinar a un tubo de ensayo o a un cristal que examinamos bajo el microscopio. Tiene que haber algo más, algo impresionante, que ningún instrumento científico es capaz de captar o medir.

Un autor que ha expresado de forma elocuente esta pérdida contemporánea de lo trascendente es Theodore Roszak, cuyas afirmaciones son aún más sorprendentes ya que se trata de alguien que no profesa ser cristiano. Su libro más conocido, después de The Making of a Counter Culture (1968) (La Formación de una Contracultura), es probablemente Where the Wasteland Ends (1972) (Donde Acaba la Tierra Baldía), y que lleva el intrigante subtítulo de «Politics and Transcendence in a Post-Industrial Society» (Política y Trascendencia en una Sociedad Post-Industrial). Este hombre se lamenta por lo que él llama la «coca-colonización del mundo»[3]. Según él, hoy en día estamos sufriendo «una claustrofobia psíquica dentro de la visión científica del mundo»[4], en la cual el espíritu humano no puede respirar. Roszak sigue adelante castigando a la ciencia –creo que se refiere a la pseudo-ciencia– por su asalto reduccionista a la vida humana y su afirmación arrogante de que es capaz de explicarlo todo. Habla de su «espíritu desacreditador»[5] y su pretensión de «deshacer misterios»[6]. El mundo materialista de la ciencia objetiva no es «suficientemente espacioso» (¡ni de lejos!) para el espíritu humano[7]. Sin trascendencia «la persona se marchita»[8].

Tanto si Roszak era consciente de ello como si no, lo cierto es que estaba haciéndose eco de Jesús quien, citando Deuteronomio, dijo que el ser humano «no sólo vive de pan» (Dt. 8:3; Mt. 4:4). En otras palabras, somos más que cuerpos materiales que necesitan comida; somos seres espirituales que necesitamos a Dios, que necesitamos trascendencia.

Se podrían dar muchos otros ejemplos acerca de esta desilusión con el secularismo y esta pérdida de trascendencia. El distinguido sociólogo Peter Berger ha ofrecido la «sencilla hipótesis» de que la actual corriente oculta «debe ser entendida como el resultado de la represión de la trascendencia en la conciencia moderna»[9]. Richard North, corresponsal de medioambiente de The Independent, confiesa que «una enorme cantidad de nosotros sencillamente necesitamos adorar algo… todos nos estamos enamorando del entorno como una extensión de o en lugar de enamorarnos de Dios»[10]. Más sorprendente aún resulta A. N. Wilson. Aunque afirma haber «descartado cualquier lealtad religiosa formal», que desprecia como «esa combinación moribunda de superstición y engaño», con todo, reconoce que todavía tiene «fuertes impulsos religiosos dentro de sí», y que experimenta «sentimientos de humildad indescriptible ante el misterio de las cosas»[11].

Aún más chocante que estas confesiones individuales resulta el derrocamiento del Marxismo. Trevor Beeson ha escrito que «las doctrinas básicas del Comunismo no convencieron a las mentes, ni satisficieron las emociones, ni de la intelectualidad ni del proletariado»[12]. Lo que Solzhenitsyn llamó la «apisonadora comunista»[13] fue incapaz de hacer pedazos el espíritu humano y su búsqueda de trascendencia.

Así, dondequiera que sea que se haya perdido la trascendencia, la gente desea recuperarla. La buscan a través de drogas que expanden la mente y la llamada «conciencia superior», a través de las fantasías especulativas de la ciencia-ficción, a través de la música y las demás artes, a través del sexo (lo que Malcolm Muggeridge solía llamar «el misticismo del materialista»), a través del yoga y otras expresiones de la religión oriental.

Quizá lo más destacable de todas estas tendencias religiosas recientes sea la aparición del movimiento de la Nueva Era en Occidente. Es una mezcla extraña de diversas creencias, incluyendo religión y ciencia, física y metafísica, panteísmo ancestral y optimismo evolutivo, astrología, espiritismo,

reencarnación, ecología y medicina alternativa. David Spangler, uno de los líderes del movimiento, es el autor de Emergence: The Rebirth of the Sacred[14]. En él escribe que «desde una edad muy temprana él había sido «consciente de una dimensión extra» del mundo que le rodeaba, la cual, a medida que se hacía mayor, llegó a identificar como «una dimensión sagrada o trascendental». «El renacimiento del sentido de lo sagrado –dice– es el corazón de la Nueva Era»[15].

Nuestra reacción como cristianos ante el fenómeno de la Nueva Era –y ante cualquier otra expresión de la búsqueda de trascendencia– debería ser (creo yo) una caracterizada por la comprensión. Porque deberíamos ser capaces de captar lo que está sucediendo. Cuando el apóstol Pablo estuvo ante los filósofos en Atenas y respondió a la extrema religiosidad de sus ciudadanos, lo hizo describiéndoles como gente que buscaba a Dios (Hch. 17:27), buscaba a su Creador tanteando en la oscuridad.

Además los cristianos creen que ésta es una aspiración humana fundamental que sólo Jesús puede satisfacer porque, aunque el pecado nos aliena de Dios a fin de reconciliarnos con Él, Cristo murió por nuestros pecados (1 P. 3:18). Y, una vez reconciliados con Dios por medio de Jesucristo, todo cambia. Andamos cada día con Dios. Vivimos en su presencia. Oír su voz al hablarnos por medio de la Biblia se convierte en algo natural, e igualmente natural nos resulta hablar con Él en oración, porque en nuestro discipulado cristiano resulta fundamental cultivar una relación personal con Dios. Dios se convierte en la gran realidad de nuestras vidas.

Entonces, en el día del Señor (tal como el Nuevo Testamento llama al Domingo), nos postramos juntos ante Él en una mezcla de temor reverente, amor, asombro y gozo a la que llamamos «Adoración». Porque cuando venimos a encontrarnos con Él, Él viene a encontrarse con nosotros. En cumplimiento a la promesa de Jesús, que siempre que dos o tres se hallen reunidos en su Nombre, allí está Él en medio de ellos (Mt. 18:20). Además, Él también se da a conocer a nosotros tanto por medio de su Palabra (al ser leída y explicada) y a través de la Santa Cena (el pan y el vino como símbolos visibles de su promesa de perdón). De hecho, la adoración pública cristiana es el punto culminante de la experiencia cristiana. No siempre, por supuesto. Algunas veces las reuniones en la iglesia son un mero ritual sin realidad detrás. Citando lo que dijo el profeta Isaías (29:13), Jesús dijo: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí» (Mr. 7:6). Pero cuando la adoración es real, nuestros corazones

y nuestras mentes son transportados más allá del tiempo y el espacio para unirse con toda la iglesia en la tierra y en el cielo en adoración a Dios. Entonces sabemos lo que quiso decir Jacob cuando dijo: «En realidad, el Señor está en este lugar» y, en ocasiones inconversos que entren se postrarán y adorarán con nosotros, diciendo: «¡Realmente Dios está entre vosotros!» (Gn. 28:16; 1 Co. 14:24-25).

Para mí es una enorme tragedia el hecho de que muchos hombres y mujeres, en la actualidad, que están buscando trascendencia, se vuelvan a las drogas, al sexo, el yoga, a los cultos y a la Nueva Era en lugar de a Cristo y a su iglesia, en cuyas reuniones de adoración siempre debería poderse experimentar la verdadera trascendencia y el disfrute de un encuentro cercano con el Dios vivo.

La búsqueda de significado

Hay mucho en nuestra sociedad contemporánea que no sólo ahoga nuestro sentido de trascendencia sino que también disminuye (o incluso destruye) nuestro sentido de significado personal, nuestra creencia de que la vida tiene algún significado. Podemos mencionar tres tendencias.

En primer lugar está el efecto de la tecnología. Por supuesto, la tecnología puede ser liberadora, en la medida en que libera a la gente de lo pesado del trabajo doméstico o industrial. Pero también puede resultar terriblemente deshumanizante, cuando hombres y mujeres ya no se sienten personas sino cosas, «identificados no por un "nombre propio" sino por una serie de números perforados en una tarjeta (o, como diríamos, convertidos en un código de barras) que ha sido diseñada para viajar por los entresijos de un ordenador»[16].

En segundo lugar tenemos el Reduccionismo Científico. Algunos científicos de diferentes disciplinas han argumentado que el ser humano no es más que un animal (para ser precisos, el «mono desnudo» de Desmond Morris), o simplemente una máquina, programada para responder automáticamente ante los impulsos externos. Fueron comentarios como estos los que hicieron que el difunto Profesor Donald MacKay popularizara la expresión «nothing buttery»* como explicación de lo que se quiere decir con «reduccionismo», y para protestar contra cualquier tendencia que pretenda reducir a los seres humanos a un nivel más bajo que el enteramente personal.

* N. de la T.: la expresión «nothing buttery» alude al hecho de negar con desdén el supuesto valor de una cosa o idea, reduciéndolo a sus mínimos; cf. con la frase «nothing but...».

Cierto es que nuestro cerebro es una máquina, un mecanismo tremendamente complejo. Y nuestra anatomía y fisiología son las de un animal. Pero esa no es una descripción completa de nuestra humanidad. Somos mucho más que un cuerpo y un cerebro. Es cuando la gente afirma que «no somos sino» esto o aquello, cuando están en un serio y grave error.

En tercer lugar, el efecto del Existencialismo es que hace disminuir el sentido de significado en las personas. Se puede decir que los existencialistas radicales difieren, en general, de los humanistas en que están resueltos a tomarse su ateísmo en serio y a enfrentar sus terribles consecuencias. Como vimos en el Capítulo 4, debido a que Dios está muerto (desde su punto de vista), todo lo demás ha muerto con Él. Puesto que no hay Dios, tampoco existen los valores o los ideales, no hay leyes morales ni estándares, ni tampoco propósitos o significado. Y, aunque yo existo, tampoco hay nada que me dé a mí o a mi existencia un significado, excepto quizá mi decisión de buscar el valor necesario para existir. Sólo hay significado en el hecho de despreciar mi propia falta de significado. No existe otra forma de autentificarse uno mismo.

Por poco heroica que pueda parecer esta filosofía, debe haber muy pocas personas capaces de llevar a cabo el malabarismo de pretender tener significado, cuando saben que no lo tienen, porque el significado es esencial para la supervivencia.

Esto es lo que encontró Víktor Frankl cuando, siendo joven, pasó tres años en el campo de concentración de Auschwitz. Se dio cuenta de que los presos que parecían tener más posibilidades de sobrevivir a aquella terrible experiencia eran aquellos «que sabían que tenían que cumplir con una tarea que les estaba esperando»[17]. Cita la afirmación de Nietzsche de que «aquél que tiene un porqué por el que vivir, puede soportar casi cualquier cómo»[18].

El difunto Frankl se convirtió en Catedrático de Psiquiatría y Neurología en la Universidad de Viena y fundó la llamada «Tercera Escuela Vienesa de Psiquiatría». Él postulaba que, además del «deseo de placer» de Freud y el «deseo de poder» de Adler, los seres humanos tienen un «deseo de significado»[19]. De hecho, «el esfuerzo para encontrarle significado a la vida de uno mismo es la

primera fuerza motivadora en el hombre»[20].

Así que desarrolló lo que denominó «logoterapia», y utilizó logos no queriendo decir «palabra» o «razón», sino «significado». «La neurosis masiva del tiempo presente –escribió– es «el vacío existencial»[21], esto es, la pérdida de la sensación de que la vida tiene sentido. Algunas veces les preguntaba a sus pacientes, «¿Por qué no se suicida usted?» (¡una pregunta extraordinaria en boca de un médico!). Le contestaban que había algo (quizá su trabajo, su matrimonio o su familia) que hacía que su vida tuviera sentido para ellos. Era en esto en lo que iba a apoyarse el Profesor Frankl.

La falta de significado lleva al aburrimiento, al alcoholismo, a la delincuencia juvenil y al suicidio. Comentando la obra de Víktor Frankl, Arthur Koestler escribió:

> Es una tendencia inherente del hombre buscar significados para llevar a cabo y valores para actualizar… se expone a miles y miles de jóvenes a un adoctrinamiento… que niega la existencia de valores. El resultado es un fenómeno a escala mundial –más y más pacientes llenan nuestras clínicas quejándose de un vacío interior, una sensación total y definitiva de falta de significado de la vida–.[22]

De acuerdo con Emile Durkheim, en su estudio clásico sobre el suicidio, éste está motivado, en la mayoría de los casos, por la anomie, que se podría traducir por «carente de norma» o «carente de significado». Y un suicidio «anómico» tiene lugar cuando alguien o bien no tiene meta en la vida o bien persigue una meta inalcanzable, ya sea de poder, éxito o prestigio. «Ningún ser humano puede ser feliz o incluso existir a menos que sus necesidades sean suficientemente proporcionales a sus medios»[23].

Y ahora me atrevo a afirmar que Jesucristo puede satisfacer esta segunda aspiración básica del ser humano. Nos da un sentido de significado personal, porque nos dice quiénes somos. Para empezar, él tomó del Antiguo Testamento esa gran afirmación que ya hemos considerado:

Dios creó al ser humano
A su imagen;
Lo creó

A imagen de Dios.
Hombre y mujer los creó.

(Gn. 1:27)

Es decir que –tal como vimos en el Capítulo 4– el Creador nos dotó de un conjunto de facultades racionales, morales, sociales y espirituales que nos hacen como Dios y nos diferencian de los animales. Los seres humanos son seres a imagen de Dios, y la imagen divina en nosotros, aunque se ha estropeado, no ha sido destruida. De ahí que Jesús hablara de nuestro valor. Él dijo que valíamos mucho más que una oveja (Mt. 12:12) o que muchos gorriones (Mt. 10:31; Lc. 12:24).

Y no sólo lo enseñaba; lo exhibía. Toda su misión demostraba el valor que tenían las personas para Él. Jesús trataba a todo el mundo con respeto –mujeres y hombres, niños y adultos, pecadores y justos–. Porque Él era el buen pastor, decía que, echando de menos a una sola oveja perdida, se arriesgaba a peligros e incluso a la muerte a fin de encontrarla. Así que fue a la cruz, deliberada y voluntariamente, para poner su vida por sus ovejas. Nada nos puede convencer de nuestro valor personal tanto como la cruz de Cristo. Como lo expresó el arzobispo William Temple:

> Mi valor consiste en lo que valgo para Dios, y lo que valgo para Él es muchísimo, puesto que Cristo murió por mí[24].

La enseñanza cristiana acerca de la dignidad y el valor de los seres humanos es de la mayor importancia hoy en día, no sólo para nuestra autoimagen y autoestima, sino también para el bienestar de la sociedad. Cuando los seres humanos se devalúan, todo tiende a deteriorarse en la sociedad. No hay libertad, ni dignidad, ni gozo despreocupado. Parece que ya no merece la pena vivir la vida humana, porque prácticamente ha dejado de ser eso, humana. Pero cuando se valora a los seres humanos como personas, debido a su valor intrínseco, todo cambia. ¿Por qué? Porque las personas importan. Porque todo hombre, toda mujer y todo niño tiene valor y significado como ser humano hecho a la imagen y semejanza de Dios.

La búsqueda de comunidad

La sociedad tecnocrática, que desprecia e incluso trata de destruir la trascendencia y el significado, también resulta destructiva para la comunidad humana. La nuestra es una era de desintegración, especialmente en Occidente. Las personas encuentran cada vez más difícil relacionarse unas con otras o encontrar amor en un mundo sin amor. He escogido tres personas muy distintas para ejemplificar esto.

Me parece adecuado comenzar con Bertrand Russell, ya que su rechazo del Cristianismo fue el punto de partida para escribir este libro. En el Prólogo a su autobiografía escribió con candor conmovedor lo siguiente:

> Tres pasiones, sencillas pero abrumadoramente fuertes, han gobernado mi vida: el deseo de amor, la búsqueda de conocimiento, y un insoportable sentimiento de pena por el sufrimiento del hombre. Estas pasiones, como fuertes vientos, han soplado sobre mí de acá para allá, en caprichoso curso, sobre un profundo océano de angustia, llegando hasta el mismo punto de la desesperación. He buscado amor, primero, porque produce éxtasis… Lo he buscado, después, porque alivia la soledad –esa terrible soledad en la que la conciencia temblorosa (hecha pedazos) de uno mira por encima del límite del mundo hacia el frío e insondable abismo sin vida…[25]

Mi segundo testigo es la Madre Teresa. Nacida en Yugoslavia, de padres albanos, partió hacia la India cuando tan sólo tenía diecisiete años. En 1948, después de unos veinte años de enseñanza, abandonó esta profesión para servir a los más pobres en Calcuta, y se convirtió en ciudadana india. Así que India fue su hogar durante más de sesenta años, y su voz y su visión fueron las del Tercer Mundo. Esto es lo que ella escribió acerca de Occidente:

> La gente hoy está hambrienta de amor, de amor comprensivo, que es… la única respuesta a la soledad y la enorme pobreza. Esa es la razón por la que nosotros [las hermanas y hermanos de su orden] podemos ir a países como Inglaterra, América y Australia, donde no existe hambre de pan. Pero sí hay personas que sufren una soledad horrible, que se sienten desesperadas, terriblemente odiadas, indeseadas, indefensas y sin ninguna esperanza. Han olvidado cómo sonreír, ya no recuerdan la belleza del roce humano. Están olvidando lo que es el amor humano…[26]

Recuerdo que la primera vez que leí esta valoración del mundo occidental, me

sentí un poco indignado y la consideré exagerada. Pero desde entonces he cambiado de opinión. Creo que es acertada, al menos como generalización.

Woddy Allen es mi tercer testigo. Porque, a pesar de su aclamada brillantez como autor, director y actor, parece no haberse encontrado nunca a sí mismo o a cualquier otro. En su película Manhattan (1979) tiene la ocurrencia de decir que él piensa que la gente debería «aparearse de por vida, como las palomas o los católicos», pero parece incapaz de seguir su propia norma. Confiesa que todas sus películas «tratan de la mayor de las dificultades –las relaciones amorosas–. Todo el mundo se encuentra con eso. Las personas, o bien están enamoradas, a punto de enamorarse, saliendo de una relación amorosa, buscando amor o bien un modo de evitarlo»[27]. Su biografía termina el retrato que hace de él con estas palabras: «Está luchando, como seguro que nosotros estamos luchando, para encontrar las fuerzas para fundar una vida sobre un amor». Como dice el personaje en Hannah and Her Sisters, «Puede que los poetas tengan razón. Quizá el amor sea la única respuesta…»[28].

Así pues, aquí tenemos a tres personas de trasfondos, creencias, temperamentos y experiencias muy distintas que, sin embargo, están de acuerdo en la importancia primordial del amor. Sus voces son la voz de la raza humana. Todos nosotros sabemos instintivamente que el amor es indispensable para nuestra humanidad. Amor: es de eso de lo que va la vida.

De modo que la gente lo busca por todas partes. Al menos desde los años 60, algunos han roto el patrón del individualismo occidental para experimentar con estilos de vida comunal. Otros están intentando sustituir el núcleo familiar (típico en Occidente) por la familia ampliada (tradicional desde hace siglos en Asia y África). Aun hay otros que están repudiando las instituciones de siglos como el matrimonio y la familia en un esfuerzo (vano y loco, pensamos los cristianos) para encontrar de este modo el camino hacia un amor libre y espontáneo. Todo el mundo parece estar buscando una comunidad genuina y verdaderas relaciones de amor. Porque «el amor, el amor lo cambia todo», como dice la letra de Andrew Lloyd en Aspects of Love.

Nuestra afirmación sincera como cristianos es que sólo Jesucristo puede satisfacer esta tercera aspiración humana básica de amor. Por supuesto, no estoy sugiriendo que el amor está ausente fuera de la comunidad cristiana, ya que, ahí también es el amor el que une a padres e hijos, hermanos y hermanas, y marido

y esposa. Pero existe una dimensión aún más profunda del amor que brota de Cristo. Como el apóstol Juan escribió en su primera carta: «En esto conocemos lo que es el amor: en que Jesucristo entregó su vida por nosotros». Y de nuevo, «en esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó» (1 Jn. 3:16; 4:10).

Y aunque, sin lugar a dudas, existen muchas comunidades cristianas y congregaciones que se quedan muy lejos del ideal divino, hay muchas otras que se aproximan a él de un modo hermoso. Ellas nos permiten afirmar que el propósito de Dios no es únicamente salvar a personas aisladas, sino más bien construir una nueva sociedad, una nueva familia y, por qué no, una nueva raza, que viva una nueva vida con un nuevo estilo de vida. El Obispo Stephen Neill expresó esto muy bien:

> Dentro de la asociación de aquellos que se encuentran unidos entre sí por su lealtad a Jesucristo, la relación de amor alcanza una intimidad y una intensidad desconocida en cualquier otro lugar. La amistad entre los amigos de Jesús de Nazaret es distinta de cualquier otra amistad. Ésta debería ser la experiencia normal dentro de la comunidad cristiana… y cuando ésta se experimenta, más allá de las barreras de raza, nacionalidad y lengua, constituye una de las evidencias más convincentes de la actividad continuada de Jesús entre los hombres.[29]

En esto consiste, pues, la triple búsqueda en la que todos los seres humanos se encuentran inmersos. Aunque quizá no lo expresen de esta forma, yo creo que podemos decir que al buscar trascendencia están buscando a Dios, al buscar significado se están buscando a sí mismos, y en su búsqueda de comunidad están buscando a su prójimo. Porque ésta es la búsqueda universal de todo ser humano: Dios, el prójimo y uno mismo.

Es más, nuestra afirmación como cristianos (segura, pienso, aunque humilde, espero) es que aquellos que buscan, encuentran –en Cristo y en su nueva comunidad–. Porque Él murió para reconciliarnos con Dios; a través de su vida y su muerte demostró nuestro valor; y Él nos da entrada a su nueva sociedad. El hecho de que Él satisfaga nuestras aspiraciones humanas, y que al hacerlo nos ofrezca plenitud de vida, es una razón más por la que soy cristiano.

Notas:

1 Augustine, Confessions, una nueva traducción por Henry Chadwick (OUP, 1992), Libro I.i.

2 Del sermón de C. S. Lewis «The Weight of Glory», publicado en Transposition and Other Addresses (Geoffrey Bles, 1949), p. 30

3 Theodore Roszak, Where the Wasteland Ends (Faber & Faber, 1972), p. 22.

4 Ibid., p. 66

5 Ibid., pp. 227-228.

6 Ibid., p. 67

7 Ibid., p. 70.

8 Ibid., p. xxi.

9 Peter L. Berger, Facing up to Modernity (1977; Penguin, 1979), p. 255.

10 Citado por Jonathon Porritt y David Winner en The Coming of the Greens (Collins, 1988), pp. 251-252.

11 A. N. Wilson, Against Religion (Chatto Counterblast No. 19, 1991), pp. 3, 20, 44.

12 Trevor Beeson, Discretion and Valour (Collins, 1974), p. 24.

13 De su discurso al recibir el Templeton Prize en Londres en Mayo de 1983.

14 David Spangler, The Rebirth of the Sacred (Dell, 1984).

15 Ibid., pp.12, 41.

16 Arnold Toynbee, citado en The Times, en Abril de 1969. Véase su Experiences (OUP, 1969).

17 Víctor E. Frankl, Man's Search for Meaning, originalmente publicado bajo el título From Deathcamp to Existentialism (1959; Washington Square Press, 1963), p. 165.

18 Ibid., p. 164.

19 Ibid., p. 154.

20 Ibid., p. 154

21 Ibid., pp. 167, 204

22 Del Capítulo «Rebellion in Vacuum», que fue la contribución de Arthur Koestler al simposium Protest and Discontent, ed. Bernard Crick y William Robson (Penguin, 1970, p. 22).

23 Emile Durkheim, Suicide: A Study in Sociology (1897; traducción inglesa 1952, Routledge & Kegan Paul, 1975), p. 246.

24 William temple, Citizen and Churchman (Eyre & Spottiswoode, 1941), p. 74.

25 The Authobiography of Bertrand Russell (George Allen & Unwin, 1967), p. 13

26 Desmond Doig, Mother Teresa, Her People and Her Work (Collins, 1976), p. 159

27 Graham McCann, Woody Allen, New Yorker (Polity, 1990), p. 22.

28 Ibid., p. 248

29 S. C. Neill, Christian Faith Today (Pelican, 1955), p. 174.

07. LA MAYOR DE TODAS LAS INVITACIONES

«Venid a mí todos vosotros que estáis cansados y
agobiados, y yo os daré descanso. Cargad con mi yugo
y aprended de mí, pues yo soy apacible y
humilde de corazón, y encontraréis descanso para
vuestra alma. Porque mi yugo es suave y mi carga liviana».
Mateo 11:28-30

A todos nos gusta recibir invitaciones, ya sea para una comida, una fiesta, un concierto o una boda. Normalmente, en el extremo inferior de la tarjeta de invitación aparecen impresas estas crípticas siglas: RSVP, y aquellos de nosotros que hemos sido criados en una cultura occidental sabemos a qué equivalen, a saber: es la forma francesa para pedir educadamente que se responda a la invitación (Répondez s'il vous plait)*.

* N. de la T.: El equivalente español de estas siglas es S. R. C. (Se Ruega Contestación).

Sin embargo, no todo el mundo sabe esto. Me acuerdo de un matrimonio que había huido de Europa del Este antes de la Segunda Guerra Mundial y que encontró asilo en el Reino Unido. Su conocimiento de la cultura occidental era definitivamente limitado. De modo que cuando recibieron una invitación a una boda que terminaba con las siglas RSVP, se quedaron desconcertados. Con marcado acento del Este, el esposo le dijo a su mujer: «Esposa, ¿sabes qué significa RSVP?». A lo que ella contestó «Yo no sé lo que significa». De pronto, después de largo tiempo de reflexión, al final le vino la inspiración. «Esposa –dijo el marido– ya sé lo que significa: ¡Remember Send Vedding Present!» (Recuerden Enviar Regalo de Bodas).

La pareja pensaba que la tarjeta era una petición, cuando en realidad se trataba de una invitación. Mucha gente comete la misma equivocación hoy acerca de Jesucristo y el evangelio. No se dan cuenta del hecho de que se trata de una invitación gratuita, de hecho, la mayor de las invitaciones que cualquiera pueda

recibir. En esencia, es ésta: «Venid a mí todos vosotros que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso» (Mt. 11:28).

Estas palabras deben estar entre las más atractivas de Jesús. No es extraño, por tanto, que la muchedumbre le escuchara «con agrado» y que estuvieran «impresionados por las palabras que salían de su boca» (Mr. 12:37; Lc. 4:22). La invitación de Jesús de ir a Él ha sido inmortalizada por músicos, compositores de liturgia y artistas. Así, Haendel, en una de las arias más conocidas del Mesías, combinó diestramente las palabras de Jesús con palabras de Isaías: «Él alimentará a su rebaño como un pastor; venid a Él». Luego, en el siglo XVI, Thomas Cranmer tomó la invitación de Jesús de la liturgia alemana del Arzobispo Hermann de Colonia y la incorporó a su libro de oraciones reformado, de modo que todas las veces que los fieles anglicanos acuden a la Reunión de la Comunión son invitados, de acuerdo con el Libro de Oraciones 1662, a escuchar las «amables palabras que nuestro Señor Jesucristo dijo a todos los que verdaderamente se vuelven hacia Él», a saber, «Venid a mí todos los que trabajáis y estáis muy cargados, y yo os refrescaré». Hay otro ejemplo más que proviene de un artista religioso e ilustrador de la Biblia, de principios del siglo XX, Harold Copping. Él pintó a Jesús en la falda de una colina con enormes multitudes reunidas a sus pies. Los brazos de Jesús se hallan extendidos a modo de bienvenida y, por debajo, hay escrita una sencilla leyenda: «Venid a mí».

En 1996, tuve la suerte de visitar, como regalo de mis amigos en mi setenta y cinco cumpleaños, la Isla de Georgia del Sur, en el Atlántico Sur, a unas 800 millas al Este de las Islas Falkland. Tomamos tierra en Grytviken, y abandonamos la estación ballenera noruega donde se encuentra enterrado el gran explorador británico Ernest Shackleton. Cerca hay una pequeña iglesia luterana, restaurada recientemente, y que ahora se encuentra rodeada por pingüinos rey y leones marinos. La puerta cedió al tocarla y, ¿qué pensáis que encontré? En la pared oriental de la iglesia estaba escrita la misma invitación de Jesús en noruego: «Venid a mí todos vosotros que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso».

Este llamamiento («Venid a mí») es la parte más conocida del pasaje. No obstante, se encuentra embutida en un párrafo de seis versículos, que tienen que ir juntos. Contienen dos invitaciones dirigidas a nosotros y precedidas por dos afirmaciones que hizo Jesús acerca de sí mismo. Y no estaremos en posición de contestar a las invitaciones hasta que hayamos considerado y aceptado las dos

afirmaciones. Jesús dijo:

> «Te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque habiendo escondido estas cosas de los sabios e instruidos, se las has revelado a los que son como niños. Sí, Padre, porque esa fue tu buena voluntad.
>
> Mi Padre me ha entregado todas las cosas. Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo quiera revelarlo.
>
> Venid a mí todos vosotros que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso. Cargad con mi yugo y aprended de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestra alma. Porque mi yugo es suave y mi carga liviana» (Mt. 11:25-30).

Dos afirmaciones

Las dos afirmaciones tienen que ver con el asunto más importante de todos, el conocimiento de Dios. ¿Es posible para los seres humanos llegar a conocer a Dios, que las criaturas conozcan a su Creador? Y, si es así, ¿cómo es posible? Jesús resuelve estas preguntas cuando dice que el Padre «habiendo escondido estas cosas de los sabios e instruidos, se las ha(s) revelado a los que son como niños» y que «nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo quiera revelarlo». Enseguida notamos que la palabra común en las dos afirmaciones es el verbo «revelado». Esto implica que no puede haber conocimiento de Dios si Él mismo no toma la iniciativa de revelarse.

En primer lugar, Dios es revelado sólo por Jesucristo. Quizá resulte útil saltar directamente a la segunda afirmación del versículo 27: «Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo quiera revelarlo». Es decir, sólo Jesús conoce a Dios, así que sólo Él puede darle a conocer. Por supuesto, esto significa que Dios se revela totalmente y de forma definitiva en Jesucristo. No está negando que pueda haber otras revelaciones menores. Por ejemplo, Dios se revela parcialmente en el orden maravilloso del universo creado, a través de las exigencias morales de la conciencia humana y a través del desarrollo de los acontecimientos en la historia. Pero, aunque la creación habla de la gloria de Dios, la conciencia de su justicia y la historia de su providencia y su poder, nadie nos habla de su amor por los seres humanos alienados y perdidos, o de su plan

para rescatarnos y reconciliarnos consigo mismo, excepto Jesús de Nazaret.

Y ésta es la pretensión de Jesús, tal como ya hemos visto. Y esa es la razón por la que cualquier pesquisa acerca de la verdad del Cristianismo debe comenzar por la persona histórica de Jesús. Lo más desconcertante acerca de Él es esa forma confiada y, sin embargo, tranquila y nada pretenciosa con que presentaba sus asombrosas afirmaciones. No había toque de trompetas, ni orgullo, ni ostentación. En una palabra, su actitud era sencilla. No obstante, aquí se atreve a llamar «Señor del cielo y de la tierra» (el Creador y sustentador de todas las cosas) a su Padre, y a sí mismo el Hijo del Padre, es decir, «el Hijo» en el sentido absoluto del término; y que todas las cosas le han sido entregadas por el Padre (es decir, que Él es el heredero del universo). Y por último afirma que, igual que sólo Él conoce al Padre, sólo el Padre le conoce a Él; es un enigma para todos los demás. Por lo tanto, entre ellos existe una relación recíproca sin paralelo. Ésta es la aseveración múltiple de Jesús. Una afirmación de un alcance tal que quita el aliento. Nadie se ha atrevido a decir algo así, sin perder con ello su integridad moral y su equilibrio mental.

La segunda afirmación de Jesús es que Dios sólo se revela a los niños pequeños. Versículos 25-26: «En aquel tiempo Jesús dijo: "Te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque habiendo escondido estas cosas de los sabios e instruidos, se las has revelado a los niños pequeños [nēpioi, bebés]. Sí, Padre, porque ésa fue tu buena voluntad"». Con «bebés» Jesús no se refería a los que son jóvenes en años sino a quienes (sin importar su edad) son humildes e ingenuos como niños. «Bebés» en el vocabulario de Jesús son los que le buscan con sinceridad y humildad; Dios se oculta activamente –decía Jesús– de todos los demás.

Por favor, no malinterpretemos mal esto. No es oscurantismo. No se trata de imitar al avestruz y enterrar la cabeza en la arena. No es cuestión de eliminar nuestro intelecto o negar la importancia del pensamiento, porque se nos dice: «no seáis niños en vuestro modo de pensar»; por el contrario, se nos insta a pensar como adultos (1 Co. 14:20).

No. Es simplemente reconocer las limitaciones de la mente humana. Cuando ésta busca a Dios, sencillamente pierde el hilo, está fuera de su alcance. Porque Dios es por definición infinito en su ser, mientras nuestra mente, pequeña y finita, por muy capaz que sea de alcanzar logros sorprendentes en las ciencias empíricas, es absolutamente incapaz de descubrir a Dios.

Entonces, si nos empeñamos orgullosos en permanecer subidos a nuestro pedestal, y pretendemos escrutar desde ahí a Dios con nuestras gafas, criticándole y proclamando la autonomía de nuestra razón, jamás le encontraremos. No es sólo impropio tratar a Dios así; es que también resulta improductivo. Porque, de acuerdo con Jesús, Dios se esconde de esa clase de gente.

Sin embargo, si nos bajamos de nuestra plataforma de altivez y nos humillamos delante de Dios; si confesamos nuestra incapacidad para encontrarle por nosotros mismos; si doblamos nuestras rodillas con reverencia y leemos la historia de Jesús en los Evangelios con la mente abierta de un niño; entonces Dios sí que se revela. ¿Es acaso esa la razón por la que algunos de mis lectores no han encontrado aún a Dios? ¿Le has estado buscando quizá con la actitud equivocada? Lo que se nos pide no es que cerremos nuestras mentes, sino que las abramos; no que las suprimamos, sino que las humillemos.

Hasta aquí hemos reflexionado acerca de las dos afirmaciones de Jesús concernientes al conocimiento de Dios. Es como si hubiéramos estado dando respuesta a dos preguntas fundamentales. Primeramente, ¿quién puede revelar a Dios? Respuesta: sólo Jesucristo. Y segundo: ¿a quiénes se revela Dios? Respuesta: sólo a los «bebés». Dios se oculta de los intelectuales diletantes pero se revela en Cristo a aquellos que le buscan humildemente.

Dos invitaciones

Ahora vamos a pasar de las dos afirmaciones que hizo Jesús a las dos invitaciones que hizo y sigue haciendo hoy. Aquí está la primera: «Venid a mí todos vosotros que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso» (Mt. 11:28). Esta invitación se dirige a todos los seres humanos, incluidos nosotros. Con ella, no nos está haciendo ningún cumplido. Nos describe como «cansados y agobiados» o «trabajados y cargados». Parece como si nos comparara con bueyes, trabajando bajo un yugo que nos roza en el cuello, y llevando una carga pesada que casi nos aplasta.

De este modo, Jesús asume que todos los seres humanos están cargados; y yo por lo menos no dudo de lo acertado de su diagnóstico. Están las cargas de nuestras ansiedades y nuestros temores, nuestras tentaciones, nuestras

responsabilidades y nuestra soledad. Y luego está esa terrible sensación que a veces nos embarga, de que la vida no tiene sentido ni propósito. Y, por encima de todo, está la carga de nuestros fracasos o (para darles su verdadero nombre) nuestros pecados, que merecen el juicio de Dios. ¿Acaso nuestra conciencia nunca siente culpabilidad? ¿Nunca hemos clamado, como nos exige el Libro de Oraciones anglicano, que «la carga de nuestros pecados es intolerable» (es decir, que ya no la podemos llevar más)?

Si no, si somos ajenos a toda esta carga, me temo que nunca aceptaremos la invitación de Cristo de venir a Él y descansar. Es a los cargados a quienes les promete descanso. Como dijo en otro lugar: «No son los sanos los que necesitan médico sino los enfermos» (Mt. 9:12). En otras palabras, del mismo modo que no vamos al médico a menos que estemos enfermos, tampoco acudiremos a Jesús hasta que reconozcamos la carga de nuestro pecado. El primer paso para convertirse en seguidor de Jesucristo es admitir humildemente que le necesitamos. Sin duda, nada nos separa más del Reino de Dios que el orgullo y la autosuficiencia.

Una vez hemos considerado a quién dirige Jesús su invitación, estamos en posición de considerar qué es lo que nos ofrece. Promete que si venimos a Él va a hacer más fácil nuestro yugo, va a levantar nuestra carga, nos va a liberar y nos va a dar descanso.

Hace algunos años visité a un grupo de estudiantes en Cuba, entre quienes había cundido la desilusión a causa del experimento fallido del Marxismo. Un estudiante varón describió su experiencia. Dijo que sólo hacía cuatro meses que era cristiano. Anteriormente, como todos los demás en Cuba, se había sentido sobrecargado por culpa de las restricciones y la pobreza, y por el vacío existencial y la alineación, hasta que le pidió a Jesús que le diera paz y tranquilidad y que le liberara de sus cargas. Recibió un alivio tal de la promesa de Mateo 11:28, que casi no podía dormir. Al día siguiente se dio cuenta de que era diferente. Ninguna medicina había podido darle tranquilidad; seguía siendo pobre, pero Jesucristo le había dado descanso.

Jesucristo es el único que puede hacer estas cosas porque, en el Nuevo Testamento, se le describe como el supremo portador de cargas del mundo, ya que llevó nuestra carga en la cruz. Escuchemos de nuevo estas palabras tan conocidas de la Biblia:

El Señor hizo recaer sobre él la iniquidad de todos nosotros (Is. 53:6).

Cargó con el pecado de muchos (Is. 53:12).

«¡Aquí tenéis al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!» (Jn. 1:29).

Él mismo, en su cuerpo, llevó al madero nuestros pecados (1 P. 2:24).

Cristo fue ofrecido en sacrificio una sola vez para quitar los pecados de muchos (He. 9:28).

Todos estos versículos hablan de Jesucristo «cargando» nuestros pecados y, al hacerlo, quitándolos de en medio. «Llevar el pecado» es una expresión que se utiliza con frecuencia en el Antiguo Testamento y que significa cargar con el castigo del pecado. El castigo lo paga el pecador, o bien el sustituto dado por Dios. Ésta es la esencia misma del evangelio.

La buena noticia, pues, es ésta: que el Dios Todopoderoso nos ama a pesar de nuestra rebelión contra Él; que vino a buscarnos en la persona de su Hijo Jesucristo; que tomó nuestra naturaleza y que se hizo hombre; que vivió una vida perfecta de amor, sin necesidad de ninguna expiación por el pecado porque no hizo ninguno, pero que se identificó en la cruz con nuestro pecado y nuestra culpa. En dos expresiones dramáticas, Él fue «hecho pecado por nosotros» y se hizo «maldición por nosotros» (2 Co. 5:21; Gá. 3:13). Porque en esas tres horribles horas de tinieblas y abandono de Dios sufrió la condenación que merecía nuestro pecado. Pero ahora, sobre la base de la muerte de Cristo que lleva el pecado, Dios nos ofrece una plena y gratuita salvación, junto con un nuevo nacimiento y un nuevo comienzo en el poder de su resurrección.

Nadie ha descrito con mayor dramatismo que Juan Bunyan en El Progreso del Peregrino, el regocijo experimentado al conseguir librarnos de la carga del pecado.

Marchaba Cristiano, sí, con mucha dificultad, por razón de la carga que llevaba en sus espaldas; pero marchaba apresurado y sin detenerse, hasta que lo vi llegar a una montaña, y en cuya cima había una cruz, y un poco más abajo un sepulcro. Al llegar a la cruz, instantáneamente la carga se soltó de

sus hombros, y rodando fue a caer en el sepulcro, y ya no la vi más.

¡Cuál no sería entonces la agilidad y el gozo de Cristiano! «¡Bendito Él —le oí exclamar—, que con sus penas me ha dado descanso, y con su muerte me ha dado vida!». Por algunos instantes se quedó como extático mirando y adorando, porque le era muy sorprendente que la vista de la Cruz así hiciese caer su carga; continuó contemplándola, pues, hasta que su corazón rompió en abundantes lágrimas. Llorando estaba, cuando tres Seres resplandecientes se pusieron delante de él, saludándole con la «Paz». Luego, el primero le dijo: –Perdonados te son tus pecados. Entonces el segundo le despojó de sus harapos y le vistió de un nuevo ropaje, y el tercero le puso una señal en su frente; le entregó un rollo sellado, el cual debía estudiar en el camino, y entregar a su llegada a la puerta celestial. Cristiano, al ver todo esto, dio tres saltos de alegría, y continuó cantando:

«Vine cargado con la culpa mía
De lejos, sin alivio a mi dolor;
Mas en este lugar, ¡oh, qué alegría!,
Mi solaz y mi dicha comenzó.
Aquí cayó mi carga, y su atadura
En este sitio rota yo sentí.
¡Bendita cruz! ¡Bendita sepultura!
¡Y más bendito quien murió por mí!»[1].

Habiendo considerado las cuestiones de a quién está dirigida la invitación de Jesús y qué es lo que ofrece, la tercera pregunta se centra en qué es lo que Él pide de nosotros. La respuesta, simple y llana, es «¡Nada!», excepto que vayamos a Él. Porque Él ha hecho todo lo demás. La salvación es un regalo absolutamente gratuito y completamente inmerecido.

No obstante, no existe nada que pueda sustituir esta venida personal a Jesucristo. Algunas personas se entregan por completo a las formas externas de religión. Asisten a la iglesia. Se bautizan y hacen la confirmación. Acuden a un pastor en busca de consejo. Se acercan a la Biblia y la leen, junto con otras obras de literatura religiosa. Pero es posible involucrarse en todas estas formas de «venir», sin «venir» nunca verdaderamente a Jesucristo mismo. Te ruego, pues, que tengas cuidado en no tropezar en la simplicidad de la invitación de Cristo.

Hubo un famoso catedrático de Hebreo en la Universidad de Edimburgo desde 1843 hasta 1870. Su nombre era Dr. John Duncan pero, debido a su familiaridad con la lengua y la literatura hebreas, sus alumnos le conocían cariñosamente como el «Rabino Duncan». Sus logros en las lenguas semíticas eran tales, que sus estudiantes estaban seguros de que decía sus oraciones en hebreo y, dos de ellos decidieron averiguarlo. Una noche se deslizaron con sigilo hasta la puerta de su habitación y escucharon. Esperaban oír grandilocuentes expresiones de retórica y misticismo en hebreo. Sin embargo, esto fue lo que escucharon:

Tierno Jesús, manso y humilde,
Mira a este niño pequeño;
Compadécete de mi simplicidad,
Soporta que me acerque a ti.[2]

Si un catedrático universitario podía acercarse a Jesucristo como un niño, sospecho que nosotros también. Podemos estar seguros de que el Rabino Duncan no se dedicaba a promover el infantilismo ni en sí mismo ni en sus estudiantes. Pero el parecerse a un niño es algo muy distinto. Porque Jesús exaltó la virtud de la humildad. Enseñó que, a menos que nos humillemos y nos hagamos como niños, ni si quiera entraremos en el Reino de los cielos (Mt. 18:1-3). También enseñó, como ya hemos visto, que Dios se revela a sí mismo sólo a «bebés», a aquellos que buscan humildemente la verdad.[3]

Si la primera invitación de Jesús es que «vengamos» a Él, la segunda es ésta: «Cargad con mi yugo y aprended de mí, pues yo soy apacible y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestra alma. Porque mi yugo es suave y mi carga es liviana» (Mt. 11:29-30).

Yo me maravillo constantemente del equilibrio de la Biblia. La vida cristiana no es simplemente vivir sin preocuparse y disfrutar del «descanso». No; cuando acudimos a Jesús, tiene lugar un intercambio maravilloso. Primero nos libra de nuestro yugo y luego coloca el suyo sobre nosotros. Primero levanta nuestra carga y después la reemplaza por la suya. Pero hay demasiada gente, influenciada por la mentalidad postmoderna de «picotear de aquí y de allá», que quieren el descanso pero no el yugo; quieren librarse de sus cargas pero no desean ganar a Cristo. No obstante, las dos invitaciones de Jesús van juntas; no tenemos la libertad de escoger entre ellas.

Entonces, ¿cuál es el yugo de Cristo? Por supuesto, un yugo es una barra de madera horizontal que se coloca sobre el cuello de los bueyes cuando llevan los arneses de un arado o una carreta. Y en la Escritura expresa simbólicamente la sumisión a la autoridad. Así, los hebreos hablaban del «yugo de la Torá», porque se sometían a la autoridad de la ley de Dios. Ahora bien, Jesús nos invita a tomar su yugo sobre nosotros y –al hacerlo– aprender de Él.

Tomar el yugo de Jesús sobre nosotros es entrar en su escuela, convertirnos en sus discípulos y someternos a la autoridad de sus enseñanzas. Implica que le vamos a considerar no sólo como nuestro Salvador sino también como nuestro Maestro y Señor. Jesús mismo aclaró cualquier duda sobre esto cuando les dijo a los Doce, durante su última noche en la tierra, «Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy» (Jn. 13:13). En otras palabras, «Maestro» y «Señor» eran más que títulos de cortesía; daban testimonio de una realidad. Llamarle así supondrá llevar todas las partes de nuestra vida a Jesús, las públicas y las privadas, y someterlas al señorío de Cristo.

¿Parece duro? Por el contrario, Jesús insiste en que ésa es la manera de liberarse, porque la carga que dejamos cuando acudimos a Jesús es pesada, mientras que Él dijo que su carga es «liviana». De nuevo, el yugo del que nos desprendemos cuando acudimos a Jesús es uno que no se adaptaba bien; que nos rozaba en los hombros. Pero el yugo que obtenemos es «fácil», suave; encaja perfectamente. «Mi yugo es suave y mi carga es liviana». ¿Cómo es esto? Yo creo que significa que tanto nuestra mente como nuestra voluntad hallan libertad bajo la autoridad de Cristo. La única autoridad bajo la cual nuestra mente se siente verdaderamente libre es bajo la autoridad de la verdad. El así llamado «pensamiento libre», que reivindica el derecho para creer en cualquier cosa, incluidas las mentiras, no es auténtica libertad intelectual; es una atadura de ilusión y falsedad. Como dijo Jesús en otra ocasión a sus discípulos, «conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Jn. 8:32). De modo similar, la única autoridad bajo la cual nuestra voluntad es verdaderamente libre es la autoridad de la justicia tal como se revela en los mandamientos de Dios. «Viviré con toda libertad –declaraba el salmista– porque he buscado tus mandamientos» (Sal. 119:45). Y la razón por la que encontramos la libertad en la obediencia a los mandamientos de Dios es que existe una correspondencia fundamental entre la ley de Dios y nuestra naturaleza moral. Los requerimientos de esta ley no nos son extraños, porque son las leyes de nuestra propia esencia como seres humanos, escritas en nuestros corazones (Ro. 2:15).

Una vez que ha descrito la compatibilidad de su yugo y su carga, Jesús sigue adelante describiéndose a sí mismo. Él es, según nos dice, «apacible y humilde de corazón». Lo que Jesús nos ofrece es la carga liviana y el yugo suave de un Maestro amable y tierno. Al aceptarlos, hallamos descanso.

Dietrich Bonhoeffer sabía de esto. Fue ejecutado por orden expresa de Heinrich Himmler en el campo de concentración de Flossenburg, en abril de 1945. Escribió en su libro The Cost of Discipleship (El Precio de la Gracia) lo que sigue:

> Sólo el hombre que sigue el mandamiento de Jesús resueltamente, y no se opone a que ponga su yugo sobre él, encuentra la carga ligera, y bajo su tierna presión recibe el poder para perseverar en el camino correcto. El mandamiento de Jesús es duro, para aquellos que oponen resistencia. Pero para aquellos que se someten voluntariamente, el yugo es fácil y la carga ligera.[4]

Conclusión: S. R. C.*

* S. R. C.: Se Ruega Responder (R. S. V. P.: Répondez s'il vous plait)

Hemos considerado las dos afirmaciones y las dos invitaciones que hizo Jesús, y que sigue haciendo hoy. Las afirmaciones son que sólo Él puede revelar a Dios, y que sólo lo hace a aquellos que son «bebés», mientras que las dos invitaciones son que vayamos a Él y que tomemos su yugo sobre nosotros.

Pero ¿hemos notado que, aunque las dos invitaciones son diferentes, la promesa que las acompaña es la misma? Jesús dice a aquellos que acuden a Él «Yo os daré descanso», y a los que toman su yugo, Él les promete «encontraréis descanso para vuestra alma».

Todo el mundo busca y ansía tener descanso, paz, libertad. Y Jesús nos dice que se puede encontrar, dejando nuestra carga en la cruz, y sometiéndonos a la autoridad de su enseñanza. Ciertamente, la libertad se encuentra en el hecho de dejar nuestra carga, pero de ninguna manera se puede encontrar dejando de lado la de Cristo. Y ya volvemos otra vez a la gran paradoja de la vida cristiana. Es bajo el yugo de Cristo que encontramos descanso, y es en su servicio donde

hallamos la libertad. Al perdernos a nosotros mismos, nos encontramos realmente, y al morir a nuestro yo egoísta, es cuando realmente empezamos a vivir.

Así que, ¿por qué soy cristiano? Ha quedado claro que no existe una razón primordial, sino más bien un conjunto de razones interconectadas. Algunas tienen que ver con Jesús mismo –sus extraordinarias afirmaciones acerca de sí mismo, que no se pueden rebatir; sus sufrimientos y su muerte, que arrojan luz sobre el problema del dolor; y su persecución sin cuartel de mí, pues no me quiere dejar ir–. Otras tienen que ver más conmigo que con Él: Él me ayuda a entenderme a mí mismo en la paradoja de mi humanidad y a ver satisfechas todas mis aspiraciones humanas básicas. Otra tiene que ver con la necesidad de decisión ante la invitación que nos hace para que vayamos a Él y encontremos libertad y descanso.

Para resumirlas en una sola frase: Aquél que afirma ser el Hijo de Dios y el Salvador y Juez de la humanidad se encuentra ante nosotros ofreciéndonos, si tan sólo acudimos a Él, libertad y descanso. Una invitación tal, de una persona así, no se puede rechazar sin más. Él espera con paciencia nuestra respuesta. ¡S. R. C.!

Fue hace muchos años que yo contesté a Cristo, arrodillándome a los pies de mi cama en un dormitorio de la escuela. Nunca me he arrepentido de ello, porque he experimentado lo que Lord Reith (el Primer Director General de la BBC) llamó una vez «el misterio y la magia de Cristo morando en nuestro interior».[5]

Me pregunto si tú, querido lector, estás listo para dar el mismo paso. Si es así, quizá encontrarás útil apartarte tú sólo a algún lugar, y repetir esta oración, haciéndola tuya:

Una oración

Señor Jesucristo,
Soy consciente de que me has estado buscando de diferentes maneras.
Te he oído llamar a mi puerta.
Creo:

que tus afirmaciones son verdad;
que moriste en una cruz por mis pecados,
y que has resucitado en triunfo sobre la muerte.
Gracias por tu amorosa oferta de perdón, libertad y realización.
Ahora:
Me vuelvo de mi egocentrismo pecaminoso.
Acudo a ti como mi Salvador.
Me someto a ti como mi Señor.
Dame el poder para seguirte durante el resto de mi vida. Amén.

Notas:

1 John Bunyan, The Pilgrim's Progress (traducido al Español como El Peregrino), Biblioteca de Clásicos (Collins, n. d.), pp. 47-48.

2 En Hymns and Sacred Songs, de John Wesley (1742).

3 Puedo garantizar la verdad de esta anécdota, porque la oí de labios del Catedrático James Steward de New College, Edimburgo. Me sorprende, por tanto, que no esté incluida en la obra Life of the Late John Duncan, escrita por David Brown y publicada en 1872 (Edmonston & Douglas, 2nd edn, revised). Con todo, David Brown sí que escribió de la «simplicidad típica de un niño en este hombre» al orar (p. 361).

4 Dietrich Bonhoeffer, The Cost of Discipleship (en Español, El Precio de la Gracia) (1937; traducción inglesa SCM, 1959), p. xxxiii.

5 Andrew Boyle, Only the Wind will Listen: Reith of the BBC (BBC, 1972), p. 18.

Table of Contents

ÍNDICE 5
Prefacio 6
01. El sabueso del cielo 8
Francis Thompson 9
Saulo de Tarso 11
Agustín 15
Malcolm Muggeridge 16
C. S. Lewis 17
02. Las reivindicaciones de Jesús 23
Cumplimiento 25
Intimidad 27
Autoridad 29
03. La cruz de Cristo 33
Cristo murió para expiar nuestros pecados 36
Cristo murió para revelar el carácter de Dios 38
Cristo murió para conquistar a los poderes del mal 40
04. La paradoja de nuestra humanidad 44
La gloria 47
La vergüenza 49
La paradoja 51
05. La llave a la libertad 55
Libertad «de» 57
Libertad «para» 61
06. El cumplimiento de nuestras aspiraciones 64
La búsqueda de trascendencia 66
La búsqueda de significado 69

La búsqueda de comunidad 72
07. La mayor de todas las invitaciones 78
Dos afirmaciones 80
Dos invitaciones 82
Conclusión: s. r. c. 88
Una oración 89
1 7
2 7
3 21
4 21
5 21
6 21
7 21
8 21
9 21
10 21
11 21
12 21
13 21
14 21
15 22
16 22
17 22
18 22